



SS

**SERVICIO
SECRETO**

PETER DEBRY

**PIRATERIA
MODERNA**

sc

La plácida espuma resbalaba burbujeante, lamiendo en fleco blanco la orilla. Producía un tenue rumor cansino, perezoso, que invadía de confortable sopor a los cuatro jóvenes tendidos sobre la arena.

La playa diminuta tenía al fondo verdes pinos olorosos que ascendían por la ladera, hasta la cumbre del montecillo. A los lados, masas rocosas, pardas y rojizas, flanqueaban la riente concha.

Azul pálido en el cielo caluroso, intenso en el mar, y la blanca franja espumosa, formaban, con el pinar y las rocas, una paleta natural de colores que había tentado a numerosos pintores.

Los cuatro jóvenes, con dos bicicletas tándem y sus ropas, habían erigido un simulacro de tienda de campaña, a cuya sombra se protegía una muchacha de larga melena rubia y piel blanquísima.

Llevaba una ancha pamelita pajiza para resguardarse del sol. Sobre su bañador había revestido un pantalón rojo que no le llegaba más abajo de las rodillas.

Era la única mujer del grupo. Los cuatro eran estudiantes de Bellas Artes en la Escuela de Nápoles.



Peter Debry

Piratería moderna

Bolsilibros: Servicio Secreto - 36

ePub r1.0

jala y xico_weno 03.07.17

Título original: *Piratería moderna*
Peter Debry, 1951

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

Piratería moderna

1^a. EDICIÓN
ABRIL - 1951

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

PIRATERIA MODERNA

POR
PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

TOMANDO EL SOL

La plácida espuma resbalaba burbujeante, lamiendo en fleco blanco la orilla. Producía un tenue rumor cansino, perezoso, que invadía de comfortable sopor a los cuatro jóvenes tendidos sobre la arena.

La playa diminuta tenía al fondo verdes pinos olorosos que ascendían por la ladera, hasta la cumbre del montecillo. A los lados, masas rocosas, pardas y rojizas, flanqueaban la riente concha.

Azul pálido en el cielo caluroso, intenso en el mar, y la blanca franja espumosa, formaban, con el pinar y las rocas, una paleta natural de colores que había tentado a numerosos pintores.

Los cuatro jóvenes, con dos bicicletas tándem y sus ropas, habían erigido un simulacro de tienda de campaña, a cuya sombra se protegía una muchacha de larga melena rubia y piel blanquísima.

Llevaba una ancha pamela pajiza para resguardarse del sol. Sobre su bañador había revestido un pantalón rojo que no le llegaba más abajo de las rodillas.

Era la única mujer del grupo. Los cuatro eran estudiantes de Bellas Artes en la Escuela de Nápoles.

Uno de ellos, tendido boca abajo, susurró, mirando el mar:

—Imagen de nuestra sociedad actual. La blanca espuma encubre los bajos fondos; el turbio lodo, un abismo de negruras y crímenes que no se cometen por falta de valor y temor a la ley. Ésta es nuestra sociedad. Sonrisas de blanca espuma, exteriores, gracias a un buen dentífrico, que no consigue blanquear las almas.

—Habló Sócrates —ironizó un joven atleta, de músculos alargados y rostro guapo, duro y voluntarioso—. Pero tus símbolos

tienen un fallo, Fiorenzo. Los «nuestros» no cometen crímenes, no sólo por falta de valor y pánico a la cárcel, sino porque, simplemente, carecen de lo necesario: una organización y un pacto de mutua lealtad, como antaño los piratas.

—Interesante tema —aprobó la muchacha—. ¡Hay hoy en día tan poco hombre de verdad! Todos se preocupan más de la corbata y los rizos, que de ser valientes y emprender audaces empresas.

El atleta, Giano Crespi, miró con desdén a la preciosa muchacha.

—Ahí tenéis algo también simbólico, chicos. Bianca sigue la moda, y viste pantalones de pirata. Es represión del instinto. Le habría gustado vivir en los tiempos de la romántica piratería. Y como a mí, por desgracia, le ha tocado vivir en 1945.

—Habló el Superhombre —rió Fiorenzo Lucca, «el Filósofo».

El tercer muchacho, que hasta entonces no había dicho nada, giró sobre sus omoplatos, para apoyar el mentón en sus dos manos, a plano sobre la fina arena.

—Tiene razón Giano —decretó, con voz más ronca de la que a su edad correspondía—. No es solamente la conciencia y el temor lo que retiene a la gente de lanzarse a aventuras peligrosas. Es, más que nada, carecer de organización.

—Charla inútil, Carlo —replicó el atleta Giano Crespi—. Como todo lo que hacemos.

—Yo seré algún día Primer Premio de Pintura —dijo Bianca Magni.

—O te arrastrarás, bailando, en busca de marido, disimulándolo con pinceles y falsos aires de bohemia extravagante.

—Peor nosotros, Giano —observó Carlo Muzzo.

—¿Por qué peor? —quiso saber Fiorenzo Lucca—. Nada hay más denigrante que estas mujercitas que hacen cucamonas hasta pescar marido, para después vivir libremente, cuando han conseguido ya la meta de toda mujer, que es: el «pagano» de las facturas.

Bianca Magni enderezó el magnífico busto, altivamente.

—Cuando yo me case, si es que algún día me decido a hacerlo, será por amor.

—Ya, ya... —Gruñó Fiorenzo Lucca—. Pero seguro que antes de enamorarte investigarás si tu amor tiene cuenta corriente en el Banco, o mejor, fincas en el campo, que es hoy el filón productivo.

—¡Como se ve que tu «papi» es banquero!... —replicó ella.

Giano Crespi se levantó, despreciando voluptuosamente sus miembros. Al sol, su bronceado cuerpo tenía perfiles de joven dios mitológico, esculpido en carne recia. Fiorenzo Lucca, habló acerbamente:

—Necesitas marido, sí, Bianca, porque los cócteles, el tabaco rubio y los maquillajes «Max Factor» están por las nubes. ¿Y a qué esperas, Bianca? Eres una de las chicas más bonitas de Nápoles, y abundan ahora los yanquis ingenuos, granjeros con muchos dólares, tenderos...

—Calla, Fior —le atajó Giano Crespi—. Se te ve el plumero.

—¿Qué... qué...?

—No te sonrojes, bobo. Estás enamorado de Bianca.

¡¿Yo?! —Pretendió reír el joven Lucca—. No seas cursi, Giano. No lo repitas, porque esta presumida terminará por creérselo.

Giano Crespi se inclinó para recoger su careta, que se colocó sobre la frente. Después, sentándose, se calzó las aletas a los pies, largas y negras, de caucho.

Cogió el fusil submarino. Miró con extraña sonrisa a Carlo Muzzo, y habló, secamente:

—Tú eres el ricachón de la peña, Carlo, porque tienes alma de negociante. Seguro que escondes en el bolsillo del pantalón algún billete de los que valen. Me refiero a dólares. Te doy permiso para que registres su pantalón, Bianca. ¡Quieto, Carlo! ¡Soy el jefe! —gritó, burlón, pero apuntaba con su fusil cargado de arpón de triple gancho, a Carlo Muzzo.

Riendo, Bianca Magni obedeció, y extrajo la cartera de Carlo Muzzo. Sacó dos billetes de diez dólares.

—¿No os lo dije? Es un ricachón. Le sobran las liras con sus negociejos sucios y enrevesados, y se apresura a comprar dólares. Pon esos dos billetes en tu polvera vieja, Bianca. Yo te compraré otra. Eso es... Ahora, ¡tírala al agua!

—Pero ¿estás loco, Giano? —murmuró ella.

—¡Obedece, demontres! —exigió Giano Crespi.

Ella, encogiéndose de hombros, tomó impulso, y arrojó al mar la polvera en cuyo interior había colocado los dos billetes.

Carlo Muzzo, como los demás, estaba, sin saberlo, sometido al don de mando de Giano Crespi.

Pero viendo sus preciosos veinte dólares surcar el aire, metidos

en la polvera, y sumergirse en el agua, encontró la broma pesada en exceso y de orden insoportable.

—¡Imbécil! —masculló, apasionadamente—. A veces te crees muy original, y no eres más que un imbécil.

Se abalanzó con los puños crispados hacia Giano Crespi, quien depositó pausadamente en la arena su fusil submarino, y al enderezarse, a la vez que esquivaba el ataque, cogió entre sus manos las dos muñecas del airado Carlo Muzzo.

—Quieto, Carlo. Yo no peleo contigo, porque para algo os gano a todos, juntos, si es preciso —le fue diciendo, sosteniéndole los puños en alto y mirándole fijo—. No es una imbecilidad, sino una demostración matemática y gráfica lo que os quiero hacer.

Le soltó, y, dirigiéndose al borde del agua, se caló la careta, sumergiéndose. Se vieron sus pies rematados por las negras aletas, agitar la quieta tersura del mar, y desaparecer.

—¡Valiente estupidez! —refunfuñó, contrariado, Carlo Muzzo, tratando de serenarse—. ¡Como si obtener dólares fuera cosa fácil!

Pasaron unos minutos. Comentó Bianca Magni:

—Se ha dejado el fusil. ¿Qué pretenderá pescar?

—Tu polvera, al estilo de los ardientes trovadores medievales —replicó, agriamente, Fiorenzo Lucca—. Tú le admiras mucho, ¿verdad, Bianca?

Fiorenzo Lucca, estrecho de tórax, frente abombada y ojos miopes, tímido, envidiaba sin rencor la fortaleza y decisión de Giano Crespi.

La figura del atleta juvenil emergió, chorreante. Alzó la careta, y al pisar la arena se quitó las aletas.

Se acercó al grupo y arrojó al suelo la húmeda polvera.

—Tus cócteles, tu «Chesterfield» y tus vestidos fantasía, Bianca. Tus libros dé bibliófilo, Fior. Tu moto, Carlo. Todo esto y mucho más, lo tenéis allí —y, con gesto amplio, señaló el mar.

—El sol le ha derretido los sesos —bromeó Fiorenzo, pero Tenía fe ciega en su ídolo, aunque ahora no adivinaba ni de lejos lo que quería decir.

—Está allí —insistió Giano Crespi, señalando nuevamente el mar, y mostrando en la arena, el fusil, la careta y las aletas, añadió —: y aquí. Un poco de organización, un jefe y, antes de medio año, tendremos una fortuna en buenos dólares.

—No te creía un soñador difuso y poco claro, Gian.

—Cada semana, en el puerto aparece algún mercante yanqui, de los del tipo «Liberty». Tengo los planos de su estructura, y con los ojos cerrados, sólo tanteando, podría ir a bordo donde quisiera. Traen el suministro de los soldados del ejército de ocupación. Una mercancía que en el mercado negro se paga a alto precio. ¿Por qué nosotros, los italianos, hemos de pagarla? ¿No es mucho más fácil venderla y cobrarla?

—Si no es más fácil, es mucho más provechoso —trató de sonreír Carlo Muzzo, despierta su atención comercial.

Bianca Magni se estremeció, pasándose la rosada lengua por los sensuales labios. Carlo Muzzo esperó la respuesta, levantada la barbilla, y Fiorenzo Lucca ladeó la cabeza, como si contemplara el vuelo de un ave rara, nunca vista, pero presentida.

Giano Crespi se apoyó en el cañón del fusil submarino. Erguido, bombeado el pecho, salientes los músculos de los brazos y afianzados los talones en la arena, semejaba inmovible. Manifestó:

—Abierta la controversia, admito reparos y objeciones que iré destruyendo. Yo os esbozaré primero un marco de artífice. Los dólares que iremos acumulando nos permitirán pintar el mejor de los cuadros. Nuestra propia independencia de la floja bolsa paterna. Viajes, «Palaces Hotel», autos, libertad...

—Éste es el paisaje soñado, Gian —suspiró Bianca—. ¿Y cuáles son los colores precisos?

—Seguid atentamente el trazado del dibujo. El mercante «Liberty» llega a puerto. Al anochecer, como en otras ocasiones, las muchachas y chicos del «Hot

Be-Boop

» van a bailar al muelle, para recoger como recompensa de sus exhibiciones de «bugui» y «swing», paquetes de cigarrillos. Hasta el mismo capitán se asoma a la borda para ver evolucionar a las parejas. En una lancha nos espera Bianca, mientras nosotros tres, sumergidos, llegamos hasta los cables de amarre. Subimos, aprovechando la distracción general. Basta con coger algunos fardos. Si nos ven, simularemos haber entrado para conseguir cigarrillos a bajo precio. Si sacamos la mercancía, que deslizaremos en grandes fardos envueltos en tela impermeable hasta el agua,

surtiremos el mercado negro. Tu hermana Gioia, Fior, nos puede ayudar con su novio Marco, que tiene buenas relaciones con los principales estraperlistas. He pensado en todo...

—Los yanquis tienen un «Servicio de Información». Nos seguirán pronto los pasos —objetó Carlo Muzzo.

—Bah... ¿De qué os sirve el haber leído tanto novelón policíaco?

—rebatíó, despectivo, Giano Crespi—. ¿Qué es lo primero que hace cualquier polizante?

—Buscar una pista.

—Eso es. Pues, ¡démosles pistas a todo pasto! Ya he pensado en ello. Vienen al club nuestro bastantes soldados yanquis. Se emborrachan como cubas. Pueden los del «Servicio de Información» encontrarlos al amanecer en cualquier rincón del muelle, y en los bolsillos, algún género de los saqueados en el mercante.

—Buena idea —aceptó Fiorenzo Lucca—. Hablo en el terreno hipotético, naturalmente, porque comprendo que nos estás embromando, Gian. Veo un fallo en tu siembra de pistas. Establecida la hora del asalto y desaparición de la mercancía, si el soldado borracho puede demostrar que en el instante mismo del saqueo estaba en su cuartel o en compañía de alguien honrado, cuyo testimonio sea indudable, se viene abajo todo tu plan.

—Para esto tenemos el meollo —rebatíó Crespi—. Hay que elegir el soldado. Es sencillo. Con tener el teléfono adecuado, la misma Bianca puede darle una cita para la misma hora en que nosotros estemos operando. Él espera. La cita será en un rincón solitario... El yanqui pica el anzuelo, olfateando una apasionada aventurilla amorosa, y... ¿Algo más, filósofo?

—Nos verían gastar más dinero del que podemos disponer... Siempre, y que conste, estoy hablando en plan de diversión y elucubración.

—Éste es el error de los cretinos. Gastan y llaman la atención, siendo éste el motivo por el que pronto los cogen. Nosotros acumularemos el dinero, y seguiremos llevando la vida corriente. Hasta será más deleitoso vivir escasos, mientras vamos rellenando los cofres. A los cuatro meses, o antes, estamos ya «forrados», y pedimos ir a París en viaje de estudios, o a España. ¡Y adiós, miseria! ¿Estás conmigo, Carlo?

—Hombre, yo... ¿Qué nos pasa si nos pescan?

—A lo más, una condena de algunos meses. La cárcel no deshonra, sino que ilustra. Es la segunda universidad, la verdadera universidad de la vida. Pero yo os afirmo que no nos cazarán. Vamos a ver, ¿quiénes son los *gangsters* en Norteamérica? ¡Nosotros, los italianos!

—Eso sí que es verdad —dijo, con orgullo, Bianca Magni.

—¡Fijaos en Lucky Grazziano, en Beppo Sicilia, Al Capone y los demás! Multimillonarios... ¿Por qué? Porque nosotros, los italianos, somos artistas de la imaginación... ¿Estás conmigo, Fior?

—Es arriesgado. Si mi viejo se enterara, se moría de pena.

—Los padres nos devoran la vida, queriendo hacernos seguir un camino áspero de virtud.

—Eso no, Gian. Mi viejo es bueno..., y la antigua moral es la verdadera.

—¡Aparta de nuestros planes a los viejos! Sigue dormitando, Fior, mientras tu viejo se va arruinando lentamente con su Banca al borde de la quiebra, y tú sigue atormentándote, los dedos y el magín para pintar churros y monas, y termina siendo un profesor, de ropas raídas, mal comido y objeto de la befa de todos los discípulos. Éste será tu fin, Fiorenzo Lucca. Yo, en cambio, prefiero viajar, vivir..., y esto os ofrezco: la riqueza, y con poquísimos riesgos.

—A mí no me preguntaste si te seguía, Gian —insinuó Bianca Magni.

—Ni falta que hacía. No tienes padres, Bianca. Te humilla vivir con las sobras de tu adusta tía regañona, que siempre te echa en cara que te está alimentando. Eres valiente y rebelde. No te resignas a esperar marido rico.

—Pero... ¿es que va en serio? —murmuró, alarmado, Garlo Muzzo.

—Os doy diez minutos para pensarlo y decidiros —decretó Giano Crespi—. Si estáis de acuerdo en obedecer cuanto yo ordene, nos haremos ricos, y pronto.

—Y si yo..., ¿si yo no acepto, Gian? —inquirió Muzzo.

Giano Crespi miró sonriente al que acababa de hablar y le pasó la mano por los cabellos, en caricia burlona:

—Tan amigos, Carlo. Ahora que... si, como tengo la certeza, voy progresando, tal vez no me interesará tener a un posible soplón

chivato en perspectiva. Y un accidente mortal... le pasa a cualquiera en estos agitados días. No es amenaza, Carlo. Es que los negocios pueden alcanzar mucha envergadura, y si hoy por hoy te considero un amigo discreto, mañana... ¿quién sabe?...

Sin añadir nada más, Giano Crespi se alejó, para zambullirse. Surgió a unos diez metros, nadando en ágil «crawl», de fácil potencia.

Fiorenzo Lucca se rascó la frente.

—Es un atrevido ese Gian.

—Pero tiene razón —dijo, calurosamente, Bianca Magni—. Podemos triunfar sin grandes riesgos. No es criminoso, sino... propio del ambiente. Él es inteligente, y lo piensa todo. Hay mucha confusión en la ciudad, y a río revuelto, ganancia de pescadores. No es inmoral defenderse, cuando todo lo que nos rodea está rebosante de inmoralidad.

Carlo Muzzo tenía dieciocho años ávidos de placer. Era caprichoso, y su padre, humilde tenedor de libros, tenía a orgullo el poseer un hijo con vocación artística, sin dejar por ello de persistir en inculcarle la máxima de que en el ahorro y la vida modesta estaban las dos verdades primarias del feliz vivir.

—¡Acepto! —exclamó impulsivamente—. Con Gian llegaremos a ser ricos. Pero... bueno, ahora cuando vuelva le haré una pregunta.

No figurar en la organización suponía para Fiorenzo Lucca el dejar de ver con frecuencia a Bianca. Murmuró:

—Yo con vosotros, como siempre.

Poco después se acercaba lentamente Giano Crespi, seguro de sí mismo. En silencio, los tres le miraron fijamente, y uno a uno fueron asintiendo con las cabezas, a medida que Crespi les señalaba con el índice, preguntando:

—¿Pactas obedecerme? ¿Sabes a la que te expones si no cumples?

Hubo un instante de tenso silencio; por fin, anunció Crespi:

—Operaremos por vez primera mañana, que llega el «Liberty 6». ¿Qué pasa, Carlo?

—Todo saldrá bien, y tendremos, dinero. Pero cuando nos vayamos, ¿cómo justificaremos este dinero?

—Lotería, ruleta, lo que sea... Ya habrá solución. Ahora, prestadme la mayor atención. Cada uno de nosotros debe funcionar

con la precisión de un cronómetro suizo...

Un pintor que estaba tratando de plasmar la caleta, vista desde lo alto de una roca, iba pensando, mientras pincelaba:

«Dulce juventud, edad sin preocupaciones ni sórdidos pensamientos. Sólo charlan de cine, bailes, amoríos, deportes. Edad envidiable... ¡Quién fuera como ellos y tuviera su edad! La muchacha tiene un cuerpo de Venus moderna...».

Giano Crespi iba puntuando los detalles de acción del día siguiente. Cuando terminó, montaron en los dos «tándem» alquilados, y se alejaron pedaleando.

«Viva imagen de la alegre juventud deportista», pensó el pintor.

Se detuvieron en una bifurcación de la carretera. Empujando los «tándem» por el manillar, emparejaron Carlo Muzzo y Giano Crespi. Tras ellos iban Bianca Magni y Fiorenzo Lucca.

Volvieron a detenerse en un altozano, desde el que se divisaba la esplendorosa bahía napolitana y la isla de Capri.

—Tú le hablas a tu hermana Gioia, Fior. Ella te hace mucho caso. En cuanto a Marco, le hablaré yo —decretó Giano Crespi—. Os podéis ir vosotros dos. Yo invito a Bianca a merendar.

—Te olvidas de algo importante, Gian —dijo Carlo Muzzo.

—¿Qué es ello?

—Mis veinte dólares.

—¿Cómo, «tus» veinte? Ya no hay entre los cuatro mío ni tuyo. Dame la polvera, Bianca.

Sacó él los dos billetes. Tendió uno a Fiorenzo Lucca.

—Cinco para ti, y dale los otros cinco a Carlo. Partes iguales, Carlo, y no rechistes. Podría, como antaño los capitanes piratas, quedarme con la parte del león. Pero soy justo. Todo a partes iguales. Así no hay descontentos. Adiós. Hasta mañana, a las cinco, en la caleta.

Se fueron los dos. Y Blanca Magni, poco después, rió suavemente, cuando, frente a ella Giano Crespi, en el merendero al borde del mar, saboreaba con fruición el «plato caro» de la lista: huevos con jamón.

—¿Qué es lo que te hace gracia, Bianchetta?

—El sol del ocaso puso un reflejo de cobre sobre tus cabellos, y por un instante me pareciste un capitán pirata, con pañuelo rojo anudado al cabello.

—Bab... Romanticismos. Vamos a lo práctico, hijita. Eleva tu copa a la salud de Carlo, que hoy paga, y por el buen éxito de nuestra organización de clase superior.

—Suerte para todos. Oye, Gian, podrían descubrirnos.

—No. Para ello, para descubrir la organización mía, haría falta que resucitara el mejor de los difuntos capitanes piratas. Y ya no existen de tal fuste... Tal vez yo sea el último.

—O... ¡el primero, de la Edad Contemporánea!

CAPÍTULO II

JIMMY ROCCO, «EL PIRATA»

Chicago, la ciudad de los mataderos, la ciudad del viento, que por poco que sople hacia el olfato del visitante, le rellena los pulmones del fétido olor a ganado, estiércol, humo de locomotoras y refinerías.

Es la ciudad de los luchadores, con una sola fe: el poder del dinero. «Tuvo éxito», dicen, mostrando la inmensa mansión estilo Victoriano, que se yergue en la «Costa de Oro», la playa junto al enorme lago Michigan. «Fracasé», comentan, al leer uno más de los abundantes suicidios.

Hace menos de ciento cincuenta años, nacía en Chicago el primer niño de piel blanca. Hace tan sólo ciento veinticinco años, los lobos erraban todavía aullando a borde del lago, ahora bordeado por grandes hoteles, y se disputaban la osamenta de las víctimas del más reciente *massacre* indio.

La divisa de la ciudad es «Yo quiero». No en sentido amatorio, sino de voluntad de riquezas. Y por eso, también, es la ciudad de mayor delincuencia.

La miseria es repulsiva en esta grande urbe, azotada por la brisa vivificante del lago Michigan, porque contrasta con el lujo de tiendas y lugares de diversión.

Su tráfico naval es enorme, y el lago agitado, con sus olas, semeja un mar turbulento. El parque Grant separa el puerto del casco urbano de los rascacielos, donde el edificio Wrigley se levanta orgulloso, proclamando el triunfo del chichlé.

En todos los bares del puerto pululaban los traficantes de todos

géneros, tripulantes de gabarras, descargadores y remolcadores, y desde el más limpio bar hasta el más sucio tabernucho, los que los frecuentaban apodaban al mismo hombre de dos maneras distintas.

Los que le odiaban, lo llamaban «El Pirata». Los que le debían favores o le tenían simpatía, le decían, respetuosamente, «Capitán».

Jimmy Rocco, hijo de un emigrante italiano, casado con una lavandera de Chicago, al perder a sus padres en un accidente ferroviario, se alistó como grumete a los doce años.

Fue piloto a los veinte, navegando por todos los mares, y a los veintiséis años echó anclas de nuevo en Chicago, adquiriendo pronto una reputación extensa y contradictoria.

Para los perjudicados, que habían querido perjudicarlo, fallando en sus intentos, era:

«Un matón pendenciero, un asqueroso pirata truquista, desleal y capaz de engañar al diablo».

Para la mayoría restante era:

«Un experto capitán de mar, leal y noble, duro, pero justo, sabiéndoselas todas, y generoso».

Y muchas eran las beldades conocidas, que tanto por amor propio como por atracción habían intentado seducir a Jimmy Rocco.

Pero Jimmy Rocco seguía soltero y con compromisos breves.

Además del elemento femenino, había otro elemento muy interesado en los pasos de Jimmy Rocco: la policía.

Siempre tenía Jimmy Rocco una explicación comprobable para justificar sus crecientes y continuos ingresos y dispendios. Y la policía insistía en que todo eran «trucos ingeniosos», pero que la realidad era distinta, y que Rocco hacía dinero en negocios tortuosos.

—Si así lo creéis, demostradlo, compadres —decía Jimmy Rocco, cordialmente.

Había conseguido que los mismos policías le tuvieran simpatía, aunque por todos los medios intentaban descubrir sus «trucos».

Un detalle revelaba, al que no lo conocía, a Jimmy Rocco: su predilección por los pañuelos de cuello, de color granate oscuro.

No llevaba nunca corbata, porque afirmaba que era una prenda grotesca e incómoda. Sus camisas de seda, abiertas, llevaban todas bordadas un ancla, un mapa y una pistola.

Era pintoresco, y aunque su ropero contenía treinta trajes y el mismo número de pares de zapatos, no era un *dandy* afectado. Vestía «estilo Rocco», sin amaneramiento, de manera natural.

Por aquella tarde algo ventosa de abril del 45, Jimmy Rocco exhibía su alta y acerada figura por el Grant Park. Rodeaba su cuello, por debajo del de la camisa, un pañuelo de seda granate, con lunares diminutos, blanqueando en la seda la gota luminosa de una perla.

Su terno gris era de un corte perfecto, y el ancho sombrero de plantador, podía llevarlo sin mengua, porque era ancho de espaldas y medía un metro ochenta.

Acarició, al pasar, la cabeza de un niño que se había agarrado a su mano, balbuceando:

—Papá...

Una confusa madre se excusó, y, sonriente, Rocco suspiró:

—Lástima que no sea verdad, señora.

Un poco más allá, se detuvo ante un banco, donde un hombre de rostro enérgico dejó de leer su periódico.

—Hola, caimán —saludó Rocco.

—Hola, pirata —masculló el teniente de policía Stevens.

Se conocían desde cuándo Rocco era grumete.

—¿Tomando el aire, caimán?

—Me llamo Stevens.

—No eres aficionado a los bancos de parque, caimán. Seguramente estarás acechando a alguien.

—A ti.

—Es inútil, porque yo soy un hombre claro, sin tapujos.

—Te estás haciendo rico, Jimmy, y no trabajas.

—Esto es lo que os creéis. Trabajo poco, pero con provecho.

—¿En qué?

—Sé comprar, y, dónde colocar lo que compro.

—Un día te fallará el truco, Jimmy, y créeme que lo sentiré. Estás capacitado para vivir como quieras, en otro ambiente.

—Me place éste en que vivo. ¿Qué hay de malo en él?

—Que caerás en una esquina por noche oscura, bajo el cuchillo traidor del ladrón al que robas.

—Tendría cien años de perdón si así fuera.

—Vamos al grano, Jimmy. Tú estás esperando a Gino Talbot.

—¿Por qué no? Es un chico con salero, y me gusta jugar al *poker* con él, porque me enseña trampas que no conozco.

—Gino Talbot está «filado». Lo han visto mucho contigo últimamente, y ayer se despidió de una mujer, diciéndole que esta tarde, a las cinco, se tenía que ver contigo aquí. ¿Por qué?

—La amistad es uno de los tesoros eternos.

—Gino Talbot es un «descuidero» especializado, y ayer noche faltaban cuatro fardos de los que descargó el mercante oriental en las gabarras, una de las cuales se honraba con la presencia de tu amigo Gino.

—¿Y yo qué tengo que ver con todo esto?

El teniente Stevens se levantó, para decir duramente:

—Por más simpatía que me inspires, Jimmy, te cogeré. Hoy, mañana o dentro de un año..., pero te cogeré.

—Suerte, compadre. Si soy lo que creéis, demostradlo, que para eso os pagan. Lo que pasa es que me han dado mala fama, y ya sabes el refrán...

—Lo malo es que tú no te echas a dormir, sino que andas siempre demasiado despierto. Mira, ahí se acerca tu amigo Gino.

Gino Talbot, con aire de inocencia ultrajada, dijo a modo de saludo:

—Hombre, teniente, resulta también deprimente que a un hombre decente como yo le ande siguiendo por todas partes una nube de sombras con chapa dorada en el chaleco o los tirantes. Dígame, teniente, ¿es que por ventura yo...?

Pero ya el teniente Stevens se alejaba, rezongando entre dientes. Gino Talbot se pulió las, uñas contra la solapa, diciendo:

—Hace fresco, Jimmy.

—Vamos a tomar una copa en mi estudio.

El «estudio» de Jimmy Rocco demostraba ocultas y toscas ambiciones artísticas. Mientras Gino Talbot se servía del mueble licorero, Jimmy Rocco se ponía «casero».

Unas extrañas botas cortas al estilo mocasín, de piel flexible, ceñían sus pies y tobillos. Unos pantalones anchos, azules, y un blusón holgado, de denso color rojo, cerrado al cuello.

—¿Hay cita tierna? —indagó, sin curiosidad, Gino Talbot, al verle entrar y pasarse el cepillo por los negros cabellos rizados.

—¿Dónde?

—En el escondrijo «seis», capitán. Los compra
Sun-Ling
a siete grandes por fardo.

—¿Cuándo?

—A las once de la noche, capitán.

—Nos estrechan esta vez, Gino. Dile a

Sun-Ling

que a seis grandes, pero que los saque él, porque nosotros no podemos hacerlo.

—Perdemos cuatro grandes, capitán.

—Ganamos veinticuatro mil, que son mejores que doce años entre rejas. ¿Revisaste?

—Sí. Corté la corriente.

—Es posible que hayan colocado algún micrófono. Anda, vete y déjales escuchar.

Fue Talbot a un rincón y bajó una palanca, después de apartar un cuadro. Regresó:

—Excelente vinillo, Jimmy.

—Me lo agria el pensar que siempre desconfían de mí los de la ley. No quieren creer que si ganó dinero es porque sé comprarlo que interesa, y a buen precio.

—Los genios siempre son calumniados, Jimmy. Entonces, ¿qué? ¿Te interesa comprar café del Brasil?

—No. Porque abunda.

—Te podrías ganar un billete por cada diez sacos.

—Ahora me interesan más las antigüedades. Producen mucho, si se tiene vista. Oye, Gino, sobre todo si quieres tratar conmigo de negocios, no cometas tonterías. Hay que obrar de acuerdo con la ley.

En una comisaría el agente, provisto de auriculares conectados con el micrófono instalado en el estudio de Jimmy Rocco, iba tomando nota taquigráfica de Cuanto oía.

—Lo tengo muy en cuenta, Jimmy. ¿Vamos a cenar juntos?

—No. Tengo sueño, y dormiré unas horas. Hasta la vista, Gino.

Al irse su principal «negociante», Jimmy Rocco volvió a cortar la corriente, encendiendo su juego de linternas con batería.

La luz rojiza se extendió difusa y suavemente por los rincones de la gran sala, y Jimmy Rocco se tendió en un diván, hojeando la

biografía de Drake, el pirata aristócrata.

Una estatuilla de Buda emitió un zumbido como si su panza contuviera un moscardón. Jimmy Rocco se puso en pie...

La señal indicaba que alguien estaba pisando la alfombrilla tendida delante de la puerta de entrada a su piso. Alguien que titubeaba en llamar o que estaba intentando entrar por medios poco legales.

Jimmy Rocco se dirigió hacia la puerta. Tras ella había una pantalla que reproducía, en forma inversa, la de quien se colocara ante la puerta. Vio a una mujer.

Y él no esperaba a ninguna, a aquella hora. Era su día de descanso. Jimmy Rocco dedicaba los martes y viernes a citas amorosas.

Detalló a la mujer, elegante y vistosa, que extendía un brazo hacia el llamador, y volvía a retroceder como si librara un combate mental, aquilatando la conveniencia de llamar o irse.

Abrió Rocco la puerta, haciendo una breve inclinación. Ella llevóse la mano a la boca para reprimir el grito de susto...

—¡Oh, me ha asustado! —exclamó ingenuamente.

—Usted también me asusta, pero es al ver lo bonita que es. ¿Le fascinaba mi puerta? El interior es aún más estrambótico, créame. Tengo la manía de asombrar a la gente, pero usted es algo superior a la gente. Me llamo Jimmy Rocco.

—Yo... soy Lyn Vanderbelt, y quería... quería consultarle muy privadamente... Es algo muy delicado, pero...

—Hágame el honor de pasar, mi dama. Hay corriente de aire aquí.

Ella entró, y se veía que, pese a su aplomo habitual, estaba inquieta. Pasó a la gran sala iluminada con el resplandor de linternas que tenían la misma forma que las de los buques de vela. Algunas eran imitaciones de timones y mascarones de proa.

Mullidas alfombras, estatuillas, panoplias, tapices, mobiliario extraño, vitrinas, cuadros de paisajes y marinas, y un solo cuadro que reproducía la figura de un sonriente, pero de cruel sonrisa, pirata.

—¿Un... antepasado, señor Rocco? —preguntó ella, señalando la pintura.

—Oh, no; no es mío. Lo compré porque tiene carácter. Pero

resulta que es el tatarabuelo del actual presidente de la Cámara de Comercio de esta ciudad.

Rió ella, nerviosamente. Y de pronto trató de asumir seriedad.

—Usted se preguntará cómo me he atrevido a venir sola a las habitaciones de un hombre solo, sin ser invitada.

—Si yo me preguntase estas tonterías, no dirían por ahí que Jimmy Rocco sabe respetar a la señorita que lo es, y tal es su caso, Lyn.

—¿Me... conoce?

—La estoy viendo, y además el nombre Vanderbilt tiene buen lustre. Sus varones son caballeros, y sus damas, grandes señoras.

—Gracias —repuso ella, halagada—. Estoy muy nerviosa, y me gustaría... beber algo seco.

Empujó Rocco un mueble rodante, que abrió, y las dos bandejas de cristal aparecieron nimbadas de luz azul, mostrando copas y frascos.

—Hidromiel para usted, Lyn, con gotas de ginebra y «Martini». Es el adecuado para el coral que estucha las perlas puras que muestran el prodigio encantador de su sonrisa.

El estilo antiguo que empleaba a gusto Rocco no resultaba ridículo en aquel ambiente y en su boca. Lyn Vanderbilt apartó la mirada del cuadro que representaba al pirata de sarcástica sonrisa... porque iba pareciéndole la viva imagen de Jimmy Rocco.

Un zumbido brotó del Buda, y ella se sobresaltó, derramando parte del cóctel que acababa Rocco de prepararle, sobre su falda.

—¡Han llamado a la puerta, señor Rocco!

—Seguro.

—¡Son ellos! Me parece que me siguieron hasta aquí...

—Tenga la bondad de examinar mis peces de colores. No se asuste; están metidos en bocal de cristal de aumento, y pareciendo tiburones son simples pececillos de colores. Entre aquí, y le ruego no salga, hasta que despida la visita inoportuna.

Corrió Rocco la cortina ante la puerta cerrada, tras la que Lyn Vanderbilt se apoyó, latiéndole de prisa el corazón.

Mientras, Jimmy Rocco abrió de golpe, y encarándose con los dos sujetos que estaban aguardando, preguntó incisivamente:

—¿Qué pasa, nenes?

Estupefactos, los dos pestañearon, y el que antes se repuso,

comentó:

—No sabíamos que vivías aquí, Rocco.

—Pero ahora lo sabéis.

Se consultaron los otros dos con la mirada rápidamente, y el que no había hablado, dijo ahora:

—Perdona Rocco. Nos equivocamos de piso.

—Y también de número os vais a equivocar, cuando tengáis que hacer la relación de vuestros huesos en el hospital... Os va a faltar alguno, si es que os creéis que me he molestado en abriros la puerta, para recomendaros cuidado con los catarros. ¡Entrad! Os invito a un lingotazo de buen vino peleón. Ojo, muchachos, no vayáis a ofenderme rechazando una invitación mía.

Volvieron los dos a consultarse en breve ojeada, y, por fin, entraron. Vestían con basta elegancia rebuscada, y eran de los que calificaban a Jimmy Rocco de «pirata matón».

En la sala, algo extraño e indefinible, les hizo quitarse los sombreros, mientras Jimmy Rocco se servía un oscuro vino en una copa tallada en plata. La levantó, y dijo:

—Bebo a vuestra salud, que hasta ahora es buena. Es mi deseo que no sufráis un percance desagradable —y bebió en golpe seco del cuello, para tirar después la copa vacía contra el rostro de uno de los forzosos visitantes, que gruñó, mientras el otro crispaba los puños.

—¡Rocco!...

—Me llamo. Recoge la copa, tú. ¿Qué se os perdió delante de mi puerta? Las respuestas como las preguntas: claras, y como el vino, sin aguar. Gracias por la copa, «Pincho».

El «Pinchó», lívido, se frotaba la magulladura que iba hinchándose en su boca, y tartajeó:

—No sabíamos que ella venía a verte, Rocco. Palabra.

—¿Qué más?

—No sabiendo que era cosa tuya, la seguimos cuando bajó de un coche caro.

—Ya... —Y Jimmy Rocco se pasó el dedo por el cuello y las muñecas. El otro asintió:

—Sí, Rocco. Como no sabíamos que era una de tus palomas, y le vimos el collar y los brazaletes, pues... ya sabes... no lo pudimos resistir, y tras ella, pensábamos darle un golpecito nada más, y

aliviarla de los pedruscos.

—Veamos si no me falla la memoria... Hace cosa de un mes os dije que si seguíais rateando cobardemente, desvalijando mujeres, os iba a... no recuerdo ahora qué fue lo que os dije. Aclara, «Sebo».

El más grueso musitó:

—Nosotros no sabíamos que era...

—¡Aclara!

—Nos dijiste que mudáramos de barrio.

—¡Andando, pues! Esta noche daré un paseo, y donde os encuentre os partiré las narices, cuando tú, «Pincho», hayas quedado manco, y tú, «Sebo», estés cojo.

Los dos, retrocediendo, caminaron de espaldas hacia la puerta, mientras, sonriente, Jimmy Rocco avanzaba disparando sobre sus pulgares los dedos, como si les echara polvos...

Ya habían cruzado ellos el dintel, cuando Rocco comentó:

—Vigilad las esquinas, porque se pillan catarros mortales de necesidad. Mudad de barrio, y los tres seguiremos viviendo a gusto. ¡Abur, «ratas»!

Cerró la puerta, y los rateros se alejaron a paso vivo. Uno de ellos, ya en la calle, aseguró:

—A éste lo encontrarán el día menos pensado flotando boca abajo en el Michigan, con un puñal en la nuca.

—Déjalo... Otro se encargará de hacer esta faena, y cuando me entere, atraparé la cogorza más grande de mi vida. ¿Te diste cuenta cómo nos trató? Como si fuera un capitán a bordo de su velero pirata.

—Pretensiones que tiene el guapo...

Pero anocheecía cuando los dos instalaban sus bártulos en un barrio diametralmente opuesto al muelle.

Jimmy Rocco descorrió la cortina, y abrió la puerta.

—Las visitas, muy cortésmente, han sido breves, Lyn. Puede usted continuar extasiándome con su linda presencia.

—¿Eran... eran ellos?

—Eran dos «picabolsas» de poca monta. ¿Coinciden con los «ellos» que usted dijo la seguían?

Ella describió exactamente a los dos maleantes calificados por Rocco como «Pincho» y «Sebo».

—Si la importunaban siguiéndola. ¿Por qué no acudió a la

policía, Lyn?

—Es que... no quería que nadie supiera que vine aquí... ¡Perdone! No me refiero a su fama, sino a que es muy secreto lo que tengo que consultarle.

—Acomódese en esta silla que es ahora trono, y dígnese verter luz a mis obscurecidas entendederas, Lyn.

—Sobre todo, no quisiera que usted se ofendiera, si procuro explicarle por qué he venido.

—Las ofensas se miden por la intención, y no por las palabras. Diga sin el menor reparo... ¿o empiezo yo? Le habrán dicho que cuando alguien rico se encuentra en un apuro y acude a Rocco, este resuelve y arregla, siempre que el asunto apurado no sea maloliente... y usted se perfuma con... «Chipre» de Molinard. Usted es rica, y se encuentra en un apuro, y es rica hace ciento cincuenta años, a partir de uno de los primeros holandeses que vivieron en Chicago, y por eso tiene delicadeza, y creía que yo podía ofenderme, en vez de hacer como la mayoría de ricachos, que creen que basta tener un millón para prescindir del tacto en las ofertas. Agradecido, y pasemos al segundo punto. ¿Cuál es el apuro?

—Mi novio...

Rió amablemente Rocco, arqueando una ceja:

—Un bandido con suerte; así le llamo yo a ese desconocido mortal. ¿Cómo se llama, en qué trabaja y dónde está ahora?

—Se llama Archibald Presten, era agente de bolsa, y...

—Un momento. Ha dicho «era». ¿No lo es ya?

—Se alistó en infantería, y está como sargento en Italia.

—Un héroe. ¿Y qué ha hecho este afortunado Archie?

—Está preso.

—¡Caramba! En el fondo, me place saber que está preso, porque siempre he detestado a los agentes de bolsa. No haga caso si bromeo, Lyn, porque mis orejas se cierran alrededor del hálito de manzana con que envuelve usted todas sus palabras. ¿Y qué hizo Archie?

—Le acusan de algo imposible. Él es incapaz de nada delictivo, y mucho menos de algo tan... tan sucio y mezquino.

—La arruguita que le ha nacido en este portento de nariz, me ha hecho creer por un instante que había vinagre en el éter tibio de esta sala. Hechos los primeros preámbulos, concrete ahora sus

respuestas, Lyn. ¿Cuánto tiempo hace que conoce a Archie?

—Dos años.

—¿Le conoció...?

—Presentado por mí hermano, que está en el frente del Pacífico.

—¿Qué tiempo duraron sus relaciones?

—Poco... porque se marchó casi al mes de conocerme.

—Un hombre de muy mal gusto, o de impetuoso afán patriótico.

¿Ascendió a sargento, dónde?

—Aquí... en la academia de preparación.

—Ya. ¿Cómo ha tenido usted conocimiento de su delito, y en qué consiste?

—El

F. B. I.

me notificó que mi novio estaba preso, acusado de... —Y enrojeció ella— robar mercancías, y venderlas en el mercado negro de Nápoles. Y yo digo que esto es imposible... Y vine a verle, porque usted puede investigar mejor que ningún policía, porque usted puede entrar en los bajos fondos y averiguar el error...

—Lamento defraudarla, Lyn —y la voz hasta entonces acariciante de Jimmy Rocco, fue dura ahora—: Primero, donde ande el

F. B. I.

, yo me aparto, y bien andado está. Segundo, un agente de bolsa explotando el hambre de compatriotas míos, sólo me merece repulsión. Tercero... Desahóguese, y puede insultarme cuanto quiera. Le concedo dos minutos para ello.

Ella se levantó, y también con voz hiriente, exclamó:

—¡Usted... un «emboscado», fuerte y joven, que rehúye su deber, un maleante inteligente, a quien apodan «Pirata», es el menos indicado para... para... juzgar a nadie, y mucho menos para...!

Tomó ella aliento, y Jimmy Rocco, mirando su reloj-pulsera, dijo:

—Treinta y dos segundos. Un *round* de sombra, solitario. ¡Segundos fuera! ¡*Clink!*... Siga boxeando contra una sombra, Lyn.

—¡No tengo nada más que decirle, señor Rocco! Esta última payasada me demuestra que quien como usted ni siquiera se ha molestado, ante lo que le he dicho, no es... ¡no es hombre!

—Puedo enseñarle mi partida de nacimiento, si tiene dudas.

Estaba ella ya junto a la puerta, cuyo pestillo buscó en vano para abrir. Miró tras ella, pero no había nadie. Regresó a la sala. Jimmy Rocco, tendido boca arriba en el diván, lanzaba volutas de humo aspirando con deleite su cigarrillo.

—¡Quiero,irme, señor!

—Yo no me opongo, señorita. Pero ha abusado usted de su privilegio femenino... Acepte una lección: en casa ajena, al despedirse, hágalo cortésmente, o salga por la ventana. ¿Fui yo a buscarla, señorita? Me he limitado a exponerle mi seguridad de que cuando el

F. B. I.

encarcela, es porque tiene pruebas sobradas para ello. ¿Desea usted que la acompañe hasta la puerta?

—¡Sí!

—Entonces, dígame: «Muy buenas tardes, señor Rocco. Ha sido para mí un placer el conocerle», o cualquier fórmula equivalente.

El Buda, en su rincón, zumbó, y a los oídos de Lyn Vanderbilt sonó como la mueca sonora de burla hecha con la lengua asomando aprisionada entre los labios.

—Es usted un imán, señorita Vanderbilt. Yo quería dormir, y apenas ha aparecido usted, se da cita aquí mucha gente. Un instante, ¿me hace el favor?... Regrese a su contemplación de los peces.

Ella obedeció presurosa, maldiciéndose interiormente por haber acudido. Jimmy Rocco se encaminó hacia la puerta, y sonrió al ver en la pantalla la figura del teniente de policía Stevens. Abrió:

—¡Hola, caimán!

Y entonces, a ambos lados del teniente detective, aparecieron otros dos individuos. Stevens dijo sinceramente:

—Lo siento, Jimmy, pero creo que te has metido en un buen lío. Los dos aquí presentes quieren interrogarte, y son del

F. B. I.

CAPÍTULO III

TONY SPEZIA, «EL TUNANTE»

La compañía de «bazookas» antitanques de la división norteamericana que desembarcó en Sicilia, y tras rudos combates instaló su cuartel general en Nápoles, se consideraba superior a todas las demás compañías, y sus supervivientes afectaban genialidades de veteranos curados de toda sorpresa.

El cabo Tony Spezia, nacido en Chicago, de padres italianos, había pisado por vez primera suelo italiano, en Sicilia, teniendo ya veintiséis años.

Antes de vestir el uniforme, Tony Spezia tenía ya el convencimiento de que era un talento. Y no esperaba a que los demás tuvieran esta opinión, sino que lo proclamaba a cada instante.

Cuando en Nápoles destinaron a la compañía de «bazookas» una cincuentena de soldados recién reclutados y procedentes de los campos de entrenamiento yanquis, el cabo Spezia les pasó revista.

Lo hizo meticulosamente, y después les dirigió un discurso a su estilo peculiar:

—Os huele todavía la piel a heno y tiendas. Sois un hatajo de borricos presumidos que os creéis ya tipos listos y muy machotes, porque lucís, sin haber hecho nada por ganarla, la insignia de los «bazookas». Yo, el cabo Spezia, con dos años de incesante pelea, sobre los riñones, os tengo que advertir varias cosas. Primera: ¡Sois una reata de novatos estúpidos! Segundo: ¡Le parto la nariz al que comprometa el buen nombre de mi compañía! Tercera: ¡El que se crea un tunante se las verá conmigo, y no digo más! Podéis romper

filas, nenes.

Uno de los novatos se acercó al cabo Spezia, al irse los otros.

—¿Qué te pasa a ti, conejo?

—Esto... mi cabo, yo le traigo a usted un encargo.

—¿De dónde, de quién y para qué?

—De Chicago, de Tina Morenti, que me encargó le dijese a usted que tiene novio, y si le sigue usted escribiendo, pues... podría fracasar su boda.

—Me sobran chicas, soldado. ¿Cómo te llamas?

—Mark Parker, mi cabo.

—Lo que yo te digo, soldado Parker, es que el tipo que viene con encarguitos de esta clase es un perfecto cretino. ¿Qué profesión tenías, si es que trabajabas?

—Soy campeón de los medio-pesados de Chicago, mi cabo.

—¿Ah, sí? Pues vete pensando que aquí el campeón de los superpesados soy yo; ¿estamos, tunante? Vaya, ya que estás tan al corriente de las cosas de Tina Morenti, dime: ¿quién es el animal que se va a casar con ella? ¿Le conozco?

—Se llama Mark Parker, mi cabo, el animal que se va a casar con Tina Morenti, cuando le licencien.

—¿Mark Parker?... ¡Hospa! Pero... ¡si tú eres Mark Parker! Hombre, tienes gracia, campeón, para ser un novato. Mira, te envidio, sí... porque Tina es la chica más decente que he conocido. Fíjate bien en mí: soy un tipo listo, guapo y tunante. Me las sé todas, ¿no? Pues por más que lo intenté y hasta le ofrecí mi mano, Tina no se dejó camelar, y eso que yo le echo la vista a una chica, y se derrite. Bueno, tú no eres tampoco de mal ver. ¿Vamos a tomar una copa? Invito yo.

Media hora después, Mark Parker y el cabo Spezia eran grandes amigos, bebido ya el sexto cóctel servido en uno de los numerosos bares de la avenida subterránea, llamada Vía Umberto, donde se daban cita todos los uniformes, y donde las chicas napolitanas buscaban novio de guerra y los estraperlistas iban a la caza de ocasiones.

—... y estaremos todavía unos siete días, descansando, antes de subir al norte, Mark. Te lo digo yo, que soy la mano derecha del general, porque para algo soy el más tunante de los tunantes. Oye, Mark, cuidado con las chicas de aquí, que son peligrosísimas. Como

me entere de que le eres infiel a Tina, te noquearé al primer *round*. Estamos un poco borrachos; Mark, y es delicioso... ¿Eh, qué?

Un camarero acababa de aproximarse, y dijo:

—Teléfono... *signorina* llamar cabo de «bazookas» Spezia...

—No se puede ser guapo, Mark. Será una de las tantas que están loquitas perdidas por mis huesos. Perdona, chico, pero la galantería no está reñida con la hombría. Voy y vuelvo.

Entró Spezia en la cabina, aplicándose el auricular, y ajustándose la corbata caqui:

—Al habla el cabo Spezia, monada. Soy yo, de carne y hueso.

Una voz femenina, acariciante, replicó:

—Es usted muy difícil de ver, cabo. ¿Sabe quién soy?

—Descríbete, encanto, con detalles. Tengo oído y pupila.

—Soy alta, rubia, y sentimental. Desde que le vi, cabo Spezia, no duermo tranquila. Fui hace días a esperarle a la salida del cuartel, pero usted estaba de guardia. Me da vergüenza decírselo, cabo, pero estoy enamorada de usted.

Volvió Spezia a ajustarse el nudo de la corbata, complacido:

—Esto les pasa a muchas, ricura. ¿Cómo te llamas?

—Laura.

—Ven aquí, Laura.

—Le vi entrar en Vía Umberto, pero yo no puedo ir, porque mis padres me darían una paliza.

—¿Dónde nos podemos ver, chata?

—Tengo miedo... No quisiera que nadie pudiera verme...

—Esto se arregla fácilmente. Hay un parque precioso, el Vestrino, con rincones agradables, que dan ganas de recitar poesías.

—¡Ay, sí cabo Spezia! —suspiró la voz femenina.

Encandilado, Tony Spezia resopló:

—¿Dónde te parece bien, preciosa? ¿Junto a la estatua de Apolo?

—Pasa gente por allí siempre. Mejor en el estanque de los Lirios, cabo Spezia. Al atardecer, cuando ya no hay sol, ¿sabe? A eso de las siete iré. Me reconocerá enseguida. Llevo un vestido gris, estampado de flores rojas. Mi cabello es muy largo, rubio, y mis ojos son azules. Llevaré en la mano un clavel blanco.

—Dame un besito, Laura preciosa.

Una risita femenina al otro lado del hilo, hizo estremecerse de

satisfacción al cabo Spezia, que pareció por unos instantes escupir en el teléfono, en su imitación de besos apasionados.

—Hasta las siete, Laura. No me faltes, o incendio Nápoles.

Regresó junto a Mark Parker, asumiendo un aire molesto:

—¡Otra más! Está empeñada en que nos veamos. ¡Ah, Mark! Lo difícil no es conquistar, sino quitarse de encima a una mujer. Te lo digo yo, que soy alguien.

A las siete en punto, Tony Spezia se sentaba en el borde del estanque llamado de «Los Lirios», porque silvestres abundaban en aquel desierto rincón del parque.

A las ocho en punto el cabo Spezia había agotado todo su florido repertorio de imprecaciones, y miraba con un furor creciente los lirios del estanque.

Pero su vanidad no admitía que pudiera haber sido objeto de alguna broma de soldados. ¡Laura tenía que existir, y estar enamorada de él! Seguramente, su familia había impedido que ella saliera. Debía tratarse indudablemente de alguna muchacha de sociedad, posiblemente alguna marquesa.

A las ocho y media tenía que estar en el cuartel. Miró su reloj valiéndose de la clara luz lunar. Faltaban quince minutos, y tendría que correr, porque estaba a más de dos kilómetros de la ciudad y el campamento. Aquel parque era exterior, y estaba medio derruido por un bombardeo.

Tony Spezia no era supersticioso ni cobarde. Pero pegó un respingo y casi sintió ganas de echarse a gritar cuando vio que al final de la umbría alameda, al resplandor lunar, alguien siseaba.

Le parecía un fantasma de flotantes velos blancos, con riente cara cadavérica. Crispó los puños, avanzando. No era un fantasma, sino una mujer muy alta, exageradamente alta, opulenta.

—¿Qué maldita broma es ésta? —rezongó, acercándose.

Y cuando apenas distaba cinco pasos de la extraña figura, al pasar bajo un árbol, cayó sobre su cabeza un saco, cuyo nudo corredizo se cerró, mientras él a ciegas propinaba puñetazos locos.

Dejó de moverse cuando el cloroformo del algodón metido dentro del saco le privó de sentido. Cayó al suelo como un fardo.

Alguien retiró el armazón que simulaba una mujer...

A las seis de la mañana, un «jeep» de la Policía Militar recorría el extrarradio de Nápoles. Bajaron dos de los soldados, que en el brazo de la guerrera llevaban la franja con las letras «P. M.».

—¡Vaya cogorza cogió el fulano! —comentó uno de ellos al inclinarse sobre el uniformado sujeto tendido en postura desmadejada encima de un banco—. ¡Eh, cabo arriba!

Lo sacudieron violentamente. Las ropas de Tony Spezia despedían un profundo olor a vino espumoso.

Tony Spezia balbució incoherencias mientras lo transportaban al «jeep». Sólo recuperó el sentido completamente cuando ya estaba en una celda.

Trató de recordar. Había sufrido náuseas, sí...

Y había una mujerona alta, de exageradas curvas..., y ¿qué más?

Estaba todavía tratando de aclarar su espeso cerebro, cuando se abrió la puerta de la celda, y dos «P. W.» del «Servicio de Información Militar» le tocaron en los hombros con sus largas cachiporras.

—¡Vamos, cabo! Espera el jefe.

Tony Spezia fue conducido hasta un despacho donde un comandante de rostro severo y mirada taladrante consultaba unos papeles recientemente mecanografiados. Le miró con dureza.

—Usted es cabo de los «bazookas», llamado Spezia, Tony.

—¡A la orden, mi comandante!

—Anoche a las siete, ¿dónde estaba usted?

Era duro reconocer que le habían engañado. Sufriría mengua su prestigio de conquistador y hombre avisado.

—Paseando, mi comandante.

—¿Con quién?

—Solo.

—¿Por dónde?

—El parque Vestrino.

—¿Qué hacía usted en un lugar tan apartado a solas?

—Esperaba... a una mujer.

—Dígame quién es ella.

—No puedo, mi comandante. La galantería me...

—¡Idiota! —bramó el comandante—. ¿Pretende engañarme con ese cuento estúpido? ¡Dígame quién era la mujer que estaba con usted!

—No vino...; no acudió, o mejor dicho, era alta y muy ampulosa, pero no sé cómo se llama.

—Lo menos que podía usted haberse preparado era una coartada, cabo Spezia —dijo el comandante.

Y sacó de un cajón un sobre largo, cuyo contenido vació sobre la mesa.

Eran cinco billetes de cincuenta dólares, una cajita de chocolate especial, y un reloj de oro, cronómetro.

—¿Reconoce estos objetos, cabo Spezia?

—No, señor; los veo por vez primera.

Una expresión de furor hizo crispas las mandíbulas del comandante. Para serenarse encendió un cigarrillo. Dijo, mostrando los objetos extraídos del largo sobre:

—Cumpliendo el reglamento, fue usted registrado antes de encerrarlo en la celda. Este reloj, estos billetes y el chocolate estaban en sus bolsillos. ¡Cállese! ¿Sabe de dónde proceden? El reloj y el chocolate formaban parte de uno de los fardos robados a bordo del «Liberty 8». Y los dólares tienen la numeración registrada, que corresponde a los billetes con que en el mercado negro se compraron géneros robados de nuestros mercantes. Va usted a volver a la celda, Tony Spezia. Meditará cuarenta y ocho horas, y si no se decide a hablar claro, aumentará el desprecio que sentimos hacia usted. No sólo es usted un ladrón, un traficante y un embustero despreciable, sino que... al no facilitarnos la captura de sus cómplices no tendrá salvación. ¡Le espera el piquete de ejecución, Spezia! ¡Llévenselo!

Aturdido, tambaleóse Tony Spezia, sin palabras, mientras los dos soldados del «P. W.» se lo llevaban de nuevo a la celda.

A las cuarenta y ocho horas, el jefe del «Servicio de Información Militar», después de haber oído las divagaciones furiosas de Tony Spezia, pasó a visitar a dos oficiales de su mismo servicio.

—Está claro. Siguen todos la misma táctica. Hablan de una cita, de un rincón solitario, de que algo les hizo perder el sentido, de que no recuerdan nada...

—No deja de ser extraño —opinó el más joven.

—¿El qué?

—Si fueran ellos realmente los autores de los robos y asaltos, tendrían una coartada bien preparada, señor. Fíjese en el caso del

mismo Tony Spezia, que alardea de tunante. Ahora balbucea como un niño con rabieta, y parece sincero. Yo le interrogué en su celda, y me dio la impresión de un hombre burlado, furioso y... humillado. Tiene una brillante hoja de servicios, y su historial le define como fanfarrón, pero cumplidor.

—¿Tenían o no todos ellos billetes de los que buscamos? ¿Pueden o no presentar pruebas de que en los momentos de la desaparición de los géneros, robados se hallaban en compañía de algún testigo moralmente indiscutible? ¿Llevaban o no varios de los relojes robados, y de las cajitas de chocolate especial que venían a bordo de los mercantes saqueados?

—Mi opinión, señor, es que pudiera tratarse de una banda bien organizada, cuyo cabecilla estuviera, no aquí en Nápoles, sino... ¡en Chicago!

—¡Eh!

—Sí, señor. ¿Por qué creemos que roban aquí las mercancías? ¿Por qué no de los transportes fluviales que, desde Chicago, llevan los fardos por río hasta la estación del ferrocarril que los traslada a un puerto del Atlántico? En mi opinión, antes de someter a consejo de guerra a los que parecen cómplices, deberíamos avisar y exponer el hecho al

«F. B. I.

», allá en Chicago, señor. La forma de operar tiene todas las características de *gangsterismo* y no puedo creer que un buen soldado como Tony Spezia pueda ser un ladrón, y mucho menos Archibald Preston, el prometido de la señorita Lyn Vanderbelt.

—Bien; avisaremos al

«F. B. I.

» que investigue en Chicago. También yo quisiera no creer en la posibilidad de que uno de nuestros soldados puede ser un pirata repulsivo que negocia con la necesidad y el hambre de los pobres italianos.

CAPÍTULO IV

JIMMY ROCCO SE «CALIENTA»

El teniente Stevens parecía algo así cómo apesadumbrado al mostrar a los dos agentes del

«F. B. I.

». Era como si diera a entender que a su amigo Rocco quien tenía que cazarlo era él, y no el

«F. B. I.

».

—¿Podemos entrar, Rocco?

—Hombre, poder, podéis, ya que la puerta está abierta.

—El asunto es serio.

—Basta veros las caras para comprenderlo. Pasen, señores, que cuando se vayan ya purificaré el ambiente con zotal.

Uno de los agentes se colocó tras de Rocco cuando éste se sentó. El otro miró al teniente Stevens. Éste explicó:

—Ha subido aquí una señorita, Rocco.

—Hay siete pisos en la casa, teniente.

—Iré al asunto, Rocco. La señorita en cuestión estaba discretamente vigilada, porque el

«F. B. I.

» pensó que sería posible que se entrevistase con amigos de Archibald Preston, su novio.

—¿Y a mí qué con la señorita y el tal Archibald?

—Querían detenerte cuando vieron que ella entraba aquí y tú echabas a los dos raterillos. Tienen ahora el convencimiento de que andas metido en los sucios asuntos del puerto de Nápoles.

—¿Nápoles? Eso cae bastante lejos de aquí, ¿no?

—Hablaré yo, teniente Stevens —atajó uno de los dos del «F. B. I.

»—. Usted se las da de muy listo, ¿no, Rocco?

—Me las doy de lo que puedo, amigo. Tal vez usted desearía poder decir lo mismo.

—No pienso ofenderme, Rocco. Dígame: ¿sabe usted quiénes forman el mayor contingente de la compañía de «bazookas» acampada en Nápoles?

—Los asuntos de guerra me asustan, amigo. No lo sé.



Usted es cabo de los "bazookas".

—Proceden de aquí, de Chicago. Y también proceden de aquí los envíos de mercancías y suministros.

—Bien hecho. Que cada quisque coma el pan de su casita. Me parece de perlas.

—Hasta ahora ha sido usted muy escurridizo, y no se le ha podido demostrar la fuente de sus ingresos. Usted se cubre

hablando de loterías, de mejoramientos de caballos de carreras, compra y venta de acciones, martingalas de juego y otras tapaderas. Pero esta vez creo que se ha caído usted.

—¿Dónde me caí?

—Hemos averiguado que Archibald Preston es su cómplice.

—¿Quién es ése?

—El novio de la señorita que le ha visitado.

—La señorita que me ha visitado se equivocó de piso y número.

Y usted va por el mismo camino, amigo.

El agente del

«F. B. I.

» silabeó:

—¿Conoce a Tony Spezia?

—¡El muy tunante! Se largó con la excusa de que iba a defender a no sé quién, y disfrazado de soldado se marchó sin pagarme ocho dólares que le presté.

—Ha cambiado su situación. Está ganando el dinero que quiere en Nápoles.

—Lo celebró.

—Sí... Roba mercancías destinadas a jefes y soldados, y las vende a precios abusivos en el mercado negro de Nápoles.

—No; que no. Éste no es mi Tony; me lo han cambiado.

—¿Cómo dice?

—Tony es, como yo, descendiente de italianos. Puede ser también, como yo, algo «pinta», pero es limpio a su modo. Escuche, amigo: si hay algo que Tony no haría, es explotar la «gazuzza» de los estómagos napolitanos. Pongo yo la mano en el fuego de que Tony...

Los ojos de Jimmy Rocco se estrecharon, y su voz se hizo de pronto incisiva al pasar de burlona a colérica:

—Oiga, oiga: ¿qué está usted tratando de insinuar?

—El Servicio de Información del Ejército que opera en Nápoles, tiene la sospecha de que Tony Spezia es uno de los componentes de su banda, Jimmy Rocco.

Jimmy Rocco se levantó. El agente a sus espaldas hizo abultar el bolsillo de su americana, dirigiendo el arma oculta hacia el que rascándose la sien, y sin mirar hacia atrás, dijo:

—Teniente Stevens: tú sabes que yo tengo un aguante de

toneladas, pero hay cosas que no las trago. Estos talentos tratan de averiguar si Tony y yo andamos metidos en suciedades, y empiezo a calentarme.

—Yo les he dicho que tú... podrás ser un pirata, pero de los que no andan en porquerías. Esto les dije, Jimmy —expuso ansiosamente el teniente Stevens.

—Escuchen, muchachos. Ustedes se ganan el pan como pueden, y no quiero meterme contra ustedes. Pero me gustaría verme con el jefe que les ha enviado.

—Nada más fácil —respondió uno de ellos—. Espera abajo en su coche.

—Que me honre con su visita, porque si he de perderme que no sea por romperle el cabezón a un agente, sino al mandamás. Y usted deje de palpar su herramienta, amigo —dijo, volviéndose hacia el otro agente—. Yo no pego a inocentes cretinos.

El teniente Stevens terció, apaciguador:

—No se enojen, compañeros. Es que estoy seguro de que Rocco no está metido en el asunto, y claro, se ha calentado un poco. Yo avisaré al jefe.

Se asomó por una ventana y encendió tres veces su linterna eléctrica. Los dos agentes vigilaban atentamente los menores movimientos de Jimmy Rocco.

Stevens se dirigió a la puerta, y poco después regresaba con un individuo alto, de rostro inteligente y ojillos grises taladrantes.

—¿Usted es el mandamás de estos dos? —preguntó Rocco.

—Si es posible, podemos respetarnos mutuamente, Rocco. No es preciso recurrir a desplantes. Usted es o no culpable de lo que sospechamos. Si lo es, peor. Si no, ayúdenos. Pero no es preciso faltarnos al respeto, ¿comprende?

—Hasta hoy yo les tenía respeto, pero... ¡ahora me revienta verles! Les creía listos, y no lo son. ¿Cómo han podido pensar que yo pudiera estar metido en algo tan denigrante como lo es ganar dinero a base de explotar a los hambrientos napolitanos?

—Eso dije yo, eso dije yo —se apresuró a confirmar Stevens.

—Hasta hoy yo también a mi modo le respeté, Rocco —dijo el jefe del

«F. B. I.

» en Chicago—. Le consideré un hombre listo, que trafica en cosas

ilegales, pero no criminales. Pero acaba de recibir la visita de Lyn Vanderbilt, la cual muy posiblemente, ignorante de ello, le trajo algún encargo o recomendación de Archibald Preston.

—La señorita Vanderbilt vino a visitarme, en efecto. Era la primera vez que nos veíamos. Me habló de que su novio estaba preso por comerciar en el mercado negro, y estaba acusado por el «F. B. I.

». Le dije que en estas cosas yo me apartaba, cuando me ofreció buen botín si yo iba a Nápoles y trataba de demostrar la inocencia de su novio.

—¿Por qué usted precisamente podía demostrar la inocencia de Archibald Preston?

—Estimaba la señorita Vanderbilt que yo privadamente podía averiguar lo que iba a ser difícil que averiguasen los profesionales.

El jefe del

«F. B. I.

» se sentó, diciendo:

—Muchachos, vayan abajo los dos. Usted puede quedarse, Stevens, ya que es un buen amigo de Rocco.

—¡Y tan amigo! ¡Como que soy su sombra hace tiempo!

—Vayan abajo —repitió secamente el jefe—. ¿No me han oído?

Los dos agentes obedecieron prontamente. El teniente Steven fue a cerrar la puerta.

—¿Me da un cigarrillo, Rocco? —pidió el jefe.

—Lástima que no disponga de uno bien repleto de arsénico.

Sonrió el jefe del

«F. B. I.

» mientras encendía el ofrecido.

—Me llamo Alfred Luke, «Rocco»; pero mi partida de nacimiento dice exactamente: «Alfred Domenico Luke Chiusi». Todas las películas, cuando presentan un *gangster*, echan mano de un italiano. Y yo todas las noches, al acostarme, rezo a la *Madonna* por la pronta paz en Italia. Y me agrada que haya italianos en la compañía de «bazookas», y me desagradaría que Tony Spezia fuera lo que dicen.

—Oiga, jefe: ¡usted es un tío simpático!

—Gracias. Me ha dicho Stevens que usted es creyente.

—Lo soy, señor.

—Hágame el favor... —Y Alfred Luke, «Domenico Chiusi» en la partida de nacimiento, se abrió la pechera de la camisa y extrajo un medallón que llevaba al cuello, colgante de una cadena—. ¿Quiere besar esta medalla de la *Madonna* y jurar por la salvación de su alma y la de sus benditos padres que usted está por completo ajeno a lo que sucede en Nápoles?

El teniente Stevens pensó primero: «Estos italianos son infantiles y melodramáticos»; pero, a su pesar, se impresionó cuando vio que Jimmy Rocco, rodilla en tierra, besaba la medalla y decía:

—Buena *Madonna*, que me has evitado ser un canalla, aunque sabes que soy algo granuja, pero sin maldad, tú sabes también que nada tengo que ver con lo de Nápoles. Tal vez algunos fardos de barcasas han venido a parar a mis manos, pero no eran de los destinados a soldados. ¡Lo juro por tu dulce sonrisa de bondad y de perdón!

Se levantó Jimmy Rocco, y Alfred Luke volvió a esconder su medalla. Comentó:

—Comprenderá, Jimmy, que no podía pedirle esta extraña demostración de inculpabilidad ante mis dos agentes. ¿Pacto y choca entre hombres, y muerte y horca para los traidores, señor pirata?

—Me place —declaró emocionado Rocco, estrechando la diestra de Alfred Luke—. Tú eres un caimán, señor. Sabes cómo tratarme. Habla por tu boca, y pide.

—Me gustaría que fueses a Nápoles, Rocco, porque la idea de la señorita Vanderbilt tenía miga.

—Por tres veces he pedido enrolarme, señor.

—Y te han rechazado por tu «bala viajera». Ya lo sé. Y precisamente también esto en vez de favorecerte te perjudicó. Creyeron, ahora al compulsar tus antecedentes, que el motivo de tu insistencia en ir a la guerra, era para poder organizar bandas. Lo siento, Rocco, pero tus piraterías han dado lugar a esto. ¿Te das cuenta?

—Cabal, señor. Pero tú ya me has filado, ¿no? ¿Y por qué habría yo de ir a Nápoles?

—Van a fusilar a Tony Spezia.

—¡Eh!

—Lo harán si en el plazo de dos semanas nada ha venido a

demostrar su inocencia. Y sería un buen servicio que me harías, Jimmy. Estoy ahora convencido de que no es de aquí donde arranca la piratería sucia de Nápoles, sino allá. Y si hay alguien capaz de descubrirla eres tú.

—Te sobran sabuesos, y yo no soy un chivato.

—No seas majadero, Rocco. No es ser chivato el cazar a los que están traficando con el hambre de tus paisanos. Allá se huelen a la legua al sabueso, como tú dices. En cambio, tú, con tu aspecto, tus modales, y tu talento podrías, no sólo descubrir el misterioso *gang*, sino evitar que Tony Spezia muera fusilado, porque todo parece acusarle...; y allá no le pedirán que jure por la *Madonna* que es inocente.

—¿Di que sí, Jimmy! —rogó el teniente Stevens.

—Te gustaría verme de polizonte a mí también, ¿no, caimán? A mí, no. No quiero plaquitas ni carnets.

—No te las daré, Rocco. Obrarías como mejor te pareciera. Claro que sólo los jefes del «Servicio de Información Militar» sabrían quién eres, y que estás trabajando a favor de Spezia... y mío. Toma, Rocco; éste es mi teléfono. Esperaré tu llamada toda esta noche. Tengo que irme. Puede usted quedarse, Stevens. Me agrada darle la razón. Este buen mozo puede ser un pirata, pero no un traficante sucio. Ah, Rocco: dile a la señorita Vanderbilt que hizo bien en acudir a ti. Tal vez así logrará no enviudar antes de casarse. No me acompañes, Rocco; conozco el camino.

Ya fuera el jefe del

«F. B. I.

», Jimmy Rocco murmuró:

—Italiano había de ser, ¡maldita sea! Casi, casi me ha convencido...

Lyn Vanderbilt apareció. Miró al teniente Stevens, que pestañeaba.

—Buenas noches, teniente Stevens. Lo he oído todo, pero hay algo que no he comprendido. ¿Qué significa «bala viajera»?

—Díselo. Es muy curiosa la damita —indicó Rocco mientras se servía una copa de vino.

—Pues, verá, señorita... Hace dos años, Jimmy Rocco tuvo una discusión con un granuja de mala ralea. Y éste antes de morir le disparó. La bala se metió en uno de los pulmones de Jimmy, y no

hay cirujano que pueda extraerla. Por esto le rechazaron en el servicio militar.

—¿Entonces usted no puede hacer ejercicios violentos?

—Intente comprobarlo —rió Rocco—. La bala viaja, pero está a gusto, y no hay peligro. Acompaña a la señorita, señor teniente Stevens, mientras yo medito a solas.

—Quisiera volver a hacer las paces con usted, Rocco. Le insulté sin razón, y...

—Ahueque, hermanita, y mañana me lo contará. ¡Quiero estar a solas!

El teniente Stevens cogió del brazo a la que iba a rebelarse, y ya en la calle manifestó:

—No le guarde inquina, señorita. Jimmy es un buenazo; pero tiene su genio, y ahora está caliente; vamos, quiero decir que está indignado.

—¿Y eso de la «bala viajera»?

—El cirujano dijo que podía hacer cuantos deportes quisiera, hasta boxeo... Pero a mí privadamente me dijo que en el momento menos esperado la bala podía alojarse en el corazón, produciéndole la muerte. Esto lo ignora Jimmy...

Entretanto, en su estudio, Jimmy Rocco se detuvo en sus paseos silenciosos, y apoyó los puños en las caderas mirando el cuadro que representaba a un pirata legítimo.

—¿Te das cuenta, don Carlos? —murmuró, dirigiéndose al impasible pirata de sonrisa sarcástica—. ¿Meterme yo a redentor? ¡Que se pudra Tony, por grullo! Tiene gracia, eso de meterme yo a polizonte. ¿Cómo dices, don Carlos? Ah, ya..., que si inculpan con pruebas a Tony es porque hay un bicho que no da la cara y que cobardemente mete a otros en el atolladero. ¿Qué hubieras tú hecho?... Ya... Entendido.

Poco después, Alfred Luke cogía el teléfono, y escuchaba con placer:

—De acuerdo, jefe. Voy para allá. Pero esto sí: a mi modo, y con mis propios medios. Es decir, iré en avión hasta cerca de Nápoles; pero en la ciudad, sólo para el jefe del

«S. I. M.

», yo seré el que meterá en el saco a la banda, y el único privilegio que quiero es que me dejen visitar a Tony Spezia para darme el

gustazo de sacudirle unas muelas. ¿Cómo?

—Digo, mi buen amigo, que la señorita Vanderbilt ha conseguido también permiso especial para ir a Nápoles.

—Recomiéndele que si me ve, despiste a menos que yo la aborde. *Abur*, señor. Y..., entre nosotros: donde todo el «F. B. I.

» fallaría, yo, Jimmy Rocco, triunfaré.

El teniente Stevens regresaba una hora después.

—Hola caimán.

—Hola, gran hombre.

—Pareces muy contento.

—Me agrada que te emplees con tu inteligencia en algo mejor que despistarme a mí. Y, verás, a lo mejor le coges gusto a este oficio, y contamos contigo para...

—¡Alto! ¡Hasta aquí podíamos llegar, polizonte! Te he dado mucha confianza ya. Yo voy a Nápoles porque..., bueno, porque me da la gana, como primera y principal razón, y luego porque ese animal de Tony..., pues nos criamos juntos, vendiendo periódicos primero, y después, cuando yo navegué, siempre de vez en cuando nos escribíamos, y últimamente le apreciaba. Y, ¡rayos!, no tengo por qué darte explicaciones.

—Es guapa la chica, Jimmy.

—¿Lyn Vanderbilt? Para, mí no existe, porque tiene el peor defecto que puede tener una mujer.

—¿Cuál?

—Es escandalosamente rica.

—Un defecto muy grato.

—No para mí. Están muy mal educadas... Sí, hombre; no pongas esa cara de asombro. Se creen que todo se puede comprar, hasta marido, o que el que les guiña un ojo es porque piensa en sus cofres. ¿Qué quieres que te traiga de Nápoles?

—Tu persona sana y salva, Jimmy. Tú sabes que yo te aprecio, y...

—Y que te largas, ¡diablos! ¿Voy o no voy a poder dormir? Me espera un largo viaje, y un trabajo nuevo para mí. Hasta hoy mi trabajo consistía en espantar los moscones como tú, no dándoles carne donde picar, y ahora..., ya ves a qué extremos de degradación he llegado. Soy de la secreta.

CAPÍTULO V

UNA MANCHITA ROJA...

—Es de la secreta, Gian.

—Hace ya días que en todas partes ves gente sospechosa, Fior. Ten cuidado, porque se empieza así y se termina mal...

—Fior suele ser comedido en lo que afirma, Gian.

—Tú, a callar, Bianca. Si es o no de la secreta el que dices, ya lo sabré, Fior. Ahora prestad atención. Hemos dado tres golpes, buenos, pero ya no podemos, repetir, porque han acordonado el muelle, donde atracan los mercantes, y por lo tanto fracasaríamos si persistiéramos en hacer lo mismo.

Un suspiro de alivio brotó incontenible del pecho de Carlo Muzo. Estaban los cuatro en la cueva elegida para centro de reunión. Una gruta al borde de la Cala Fiamma.

Esperaban a Gioia, la hermana de Fiorenzo Lucca, y novia de Marco, el que traficaba en el mercado negro.

Insistió Fiorenzo Lucca:

—Ronda mucho alrededor nuestro últimamente, Gian.

—Después me ocuparé de esto, Fior. ¿Vienen?

—Sí, Gian —contestó Bianca Magni, que se había asomado al exterior, mirando al mar.

Como dos novios paseando en el mar se acercaban Gioia y Marco en una barca de alquiler; él remaba, mientras la hermana de Fiorenzo Lucca se abanicaba algo nerviosamente.

En sus ojos hinchados levemente se veían huellas de reciente llanto.

Marco tenía ya veintiocho años y alardeaba de experimentado,

aunque respetaba la autoridad de Giano Crespi.

—Todo ya maduro, Gian. Detalle por detalle, me he enterado bien. El camión pasará por el cruce hacia las siete de la tarde.

Giano Crespi le atajó, sonriente, con un ademán de la mano. Dijo:

—Ya no se puede seguir con los barcos porque caeríamos. La vigilancia es grande. Tampoco podemos acudir al telefonazo a los soldados. Y Marco ha tenido una gran idea. Un asunto fácil y remunerador; pero antes veamos si os habéis dado cuenta de algo importante. Los americanos están infiltrando agentes por el mercado que pagan con billetes de cincuenta dólares, cuyas cifras reseñan. Supongo que todos habréis obedecido y que los cambiasteis, volviéndolos a dejar en los cofres, aquí debajo. A veces os tomáis a broma la cosa, y os advierto que no hay broma. Seré implacable para el que falle. Yo no lo fallaré. Ahora vamos a otra cosa: ¿qué opinas de Tulio Forca?

—¿En qué sentido? —preguntó Marco.

—Dice Fior que le parece que Tulio Forca es de la secreta nueva, creada por los americanos.

—¿Por qué?

—Dice que ronda nuestros pasos.

—A Tulio le gusta Bianca. Pero sería conveniente vigilarlo.

—¿Qué le pasa a Gioia? —observó Bianca.

Ella, por toda respuesta, sollozó mudamente, ocultando los ojos tras un pañuelo.

—Tonterías de mujeres —opinó Marco—. Le he contado el nuevo asunto, y como es boba se ha asustado.

—¡Hasta..., hasta ahora acepté... porque me lo pidió Fior!... —Hipó la hermana de Fiorenzo Lucca—. Pero... esto...

—¡Dale, una torta a esa histérica! —gritó Giano Crespi—. ¿O tendré que dársela yo?

Avanzó hacia la afligida Gioia, pero inesperadamente Fiorenzo Lucca, el endeble y tímido, se interpuso, ceñudo, lívido.

—No, Gian...; no la toques porque no te lo permito.

Giano Crespi levantó el puño y, de pronto, se echó a reír.

—Vaya, vaya... ¿Motín a bordo? ¡Fuera, Gioia! El llanto histérico me crispa los nervios. Vete con ella, Bianca, y consuélala con esas boberías que os decís las mujeres.

Salieron de la cueva las dos, para ir a sentarse en la playa.

Giano Crespi miró a Fiorenzo Lucca.

—Por esta vez, pase tu arrebató fraternal, Fior, pero donde manda capitán callan los marineros. Os voy a exponer el asunto nuevo. Es fácil y remunerativo. Mucho... Un camión de Intendencia saldrá esta tarde llevando la nómina del pago de los trabajadores que están reparando las carreteras. No tendremos siquiera que exponernos a vender, puesto que cogeremos dinero fresco.

Carlo Muzzo se levantó de su escabel toscamente tallado en madera. Con decisión replicó:

—¡Ni hablar, Gian! Pase que nadáramos entre dos aguas y robáramos fardos. Pero ¡atracadores, no!

—¿Quién habla de atracos, imbécil? No habrá fuego ni sangre. Será sencillo, tal como lo hemos planeado Marco y yo.

—No cuentes tampoco conmigo, Gian —dijo, ahora, Fiorenzo Lucca—. Sigue tú con Marco, pero Carlo, Gioia y yo nos separaremos.

—Es lamentable, sí, muy lamentable, Fior, pero tenéis frágil la memoria. Os dije que una vez organizaba la banda, nadie se rajaba. Y en el asunto de esta noche, tú, y Carlo, tenéis señalada vuestra misión. Manejaréis el saco con el narcótico.

—No, Gian. Puedes si quieres pegarme, chillarme... pero no cuentes conmigo.

Giano Crespi miró torvamente a Fiorenzo Lucca, junto al que Carlo Muzzo, también temeroso, pero decidido, se había aproximado.

—Ya te lo dije, Gian —ironizó Marco—. El que con niños se acuesta, amanece... maloliente.

—Estáis tontuelos, y se os va a pasar pronto. ¿Apuestas algo, Marco, a que estos dos se tragan enseguida lo que acaban de decir?

—A ver cómo, Gian.

—Los papas. Sí, os lo advierto, al primer nuevo síntoma de rebelión, los papaítos recibirán un anónimo con detallada mención de vuestras hazañas. Yo y Marco, por entonces, estaremos ya lejos. ¡Fuera los dos, y medita lo que acabo de deciros! Tenéis diez minutos. ¡O volvéis los dos, con Gioia, sonriente y amable..., o ya sabéis!

Los dos amenazados miráronse cohibidos. Salieron, cabeza

gacha, de la cueva. Giano Crespi dijo a Marco:

—¿Lo ves? Corderitos.

—Déjalos que se larguen con buen viento, Gian.

—No. Han de pringarse como yo me pringo, Marco; es el único medio de tenerlos callados siempre. Y esta noche, lo dicho, aunque no sabrán nada: Hay que «cargarse» a los dos soldados del camión, porque verán a Bianca y a Gioia... y así los tendremos para siempre mansitos.

Diez minutos después, entraban los cuatro. Bianca manifestó:

—Yo les he indicado que eso que les dijiste, amenazándoles, es simplemente para asustarlos. Sería feo, Gian.

—Cuando quiera tu parecer, te lo pediré, Bianca. Voy a poner los puntos sobre las «íes», que falta os está haciendo. Me jurasteis obediencia, y la quiero. No se comente más este incidente. ¡Juro como última advertencia, que si alguien rechista, los papaitos sabrán las perlas que tienen por hijos! Explica cómo va la cosa, Marco.

Se explicó Marco, y al terminar, dijo Bianca:

—Tiene un fallo, Gian.

—A ver.

—Los del camión pararán, indudablemente, si nos ven a Gioia y a mí, peleando con Marco y contigo al borde del cruce de la carretera nueva. Pero... luego nos describirán.

—No. Será ya algo obscuro, y vosotras no daréis la cara. Cuando los dos soldados lleguen, estos dos les echarán los sacos. Será cosa de minutos, y vosotras estaréis de espaldas. Algo de ropa desordenada, aumentará el espíritu galante de los dos soldados.

* * *

El del volante canturreaba entre dientes una canción de Kentucky. El acompañante, que era de Oregón, masculló:

—Basta de lamentos negros, Joe. Guarda fuelle, porque al entregar la nómina sonante, tendremos que cargar material. Lo que son las cosas... Mi madre se me imagina peleando con legiones de feroces tanques, y aquí estoy de repartidor de salarios y cargador de ladrillos.

—¡Sopla! —dijo el del volante, frenando bruscamente.

El otro también dilató los ojos. Veía de espaldas a ellos, en el borde de la cuneta, iluminada por el último resplandor del crepúsculo, a Bianca Magni debatiéndose en brazos de Giano Crespi.

Y Gioia no se debatía en brazos de Marco, porque tenía miedo.

Los dos soldados, a la vez, saltaron de la carlinga, corriendo hacia los que creían agresores de dos muchachos caminantes.

Quedó en tierra Bianca Magni, revuelta la ropa... al igual que Gioia. Lanzóse uno de los soldados puños en ristre contra Giano Crespi, que esquivó, pareciendo asestar un recio puñetazo.

En su diestra cerrada había un corto y ancho cuchillo. Igual arma empleó Marco.

Carlo Muzzo y Fiorenzo Lucca salieron con sus sacos... Gritó Gian Crespi, a la vez que caía encima del apuñalado soldado:

—¡Fuera vosotros! Ya no hacéis falta. Llevaos pronto a las chicas. Mañana a las doce en la Gruta de la Fiamma.

Gioia, sin mirar, apresuradamente, se alejó acompañada de su hermano, mientras Bianca, levantándose, se arreglaba el vestido. Obedeció, yéndose con Carlo Muzzo, porque no quería creer en lo que había visto.

Era, sin duda, una alucinación aquella manchita roja que había en la diestra de Giano Crespi. Seguramente, al darle el puñetazo al soldado en la nariz, había sangrado ésta.

Anduvieron los cuatro en silencio, y se despidieron brevemente.

Mientras, Marco se levantaba, frotándose las manos en la hierba. Corrieron los dos al camión, del que sacaron los cuatro sacos con billetes.

—¡Viene un coche, Gian! —gritó Marco.

Corrió Giano Crespi al volante, imitado por Marco. En el asiento había un fusil-ametrallador, que empuñó Giano Crespi.

Un «jeep» con cuatro soldados de policía militar venía de frente, por la carretera opuesta a la que seguían Bianca Magni, Gioia Lucca, su hermano y Carlo Muzzo.

Fueron frenando a medida que se acercaban al camión detenido. Giano Crespi murmuró:

—¡Se lo han buscado!

Presionó el gatillo, a la vez que levantaba el cañón del ametrallador, apuntando a los fáciles blancos de los cuatro soldados del «jeep». Saltaron en pedazos los cristales del parabrisas, y el

traqueteo de la cerrada descarga, comunicó a Marco un temblor epiléptico.

Un cargador de media luna, con cincuenta balas, quedó vaciado...

—¡Corriendo a campo traviesa, Marco, con los sacos! ¡A la Cueva!

* * *

Bianca Magni llegó a la cueva a las once de la mañana siguiente. Un periódico arrugadísimo había ennegrecido sus manos, que lo habían apretujado constantemente.

A las doce menos cuarto llegaron Fiorenzo y Carlo. Venían pálidos y con grandes ojeras, significativas de que no habían dormido.

—¿Y Gioia, Fior?

—Se quedó en cama. Tenía jaqueca. Esto..., ¿habéis leído?

—Calla, por favor, Fior. Ya nos explicará Gian... No puede ser...

—El periódico lo dice claro: apuñalaron a los dos pobres soldados del camión, y después ametrallaron salvajemente a cuatro policías militares del «jeep». El dinero de los cuatro sacos desapareció. ¡Ahí vienen!...

Por la playa, con el hatillo de ropa al hombro, simplemente vestidos con el corto pantalón impermeable, avanzaban Marco y Giano Crespi.

Al llegar a la cueva, Giano Crespi entró riendo. Se colocó un jersey gris, diciendo:

—Hace frío aquí, ¿o sois vosotros los que estáis helados?

—¡Gian! —gritó Bianca Magni, mostrando el periódico—. ¿Qué significa esto?

—Significa que si os dejáis llevar de los nervios, iremos los seis a la horda. No, no; a la silla eléctrica, o al pelotón de fusilamiento. Calma, calma, que aquí no ha pasado nada.

—¡Seis pobres soldados muertos y...!

—Ellos o nosotros. No había elección. Disparé antes que dispararan; eso es todo. Es la guerra, y a diario mueren centenares de hombres.

Bianca Magni, demudada, murmuró:

—Eres malo, Giano Crespi, eres malo. Eres un criminal...

La diestra de Giano Crespi, en revés, cruzó la boca de la muchacha, que del bofetón fue a chocar contra la roca, cayendo al suelo.

—Atención a lo que os digo...

Se detuvo Giano Crespi porque Fiorenzo Lucca se abalanzaba sobre él, empuñando un escabel. Esquivó a duras penas el golpe del que gritaba.

—¡Bestia! ¡Pegarle a ella!...

A los pocos instantes, Fiorenzo Lucca yacía junto a Bianca Magni, también tocándose la boca. Giano Crespi, preguntó:

—¿Quieres tu ración, Carlo?

Carlo Muzzo denegó con la cabeza, asustado.

—¡Escuchadme bien! Ahora estamos unidos por seis muertes. Delatarme sería firmar vuestra sentencia de muerte y la de vuestros padres, que no resistirían la pena de saberos asesinos. Porque si me cogen por vuestra culpa, diré que todos tomamos parte, y no podréis negarlo, porque a las siete de ayer tarde estabais conmigo, y no podréis demostrar que estabais en otro sitio. De ahora en adelante, no os olvidaréis que soy el capitán. Ayer ganamos setenta mil dólares, que Marco cambiará por otros en donde ya sabe. Id con tiento. Vivid como siempre. Id al club, a bailar, por las tardes. ¡Vete, Fior! Y que tu hermana mejore, o la haré empeorar. ¡Tú también lárgate, Carlo! Marco, vete con ellos, y sigue dándoles buenos consejos. Tráeme después a Tulio Forca. Quiero hablar con él.

Se fueron los tres. Bianca Magni se levantó poca a poco. Tenía el labio superior levemente hinchado. Dijo, lentamente:

—Yo te quería, Gian..., y ahora me das miedo.

—Aguanta el miedo hasta dentro de un par de meses, en que habré llegado al millón. Entonces nos retiraremos y nos casaremos, Bianca.

—¡Nunca! Soy capaz de ir ahora mismo a la Policía Militar...

—Vete. Están las oficinas en la calle Caporetto, número 12. Y después, cuando los padres de Lucca y Muzzo...

—¡Infame! ¡Canalla!

—Estás excitada, Bianca. Te concedo permiso para que te vayas, pero esta tarde, a las seis, bailaremos en el

«Hot-Hot

». Y sonrío, preciosa, sonrío... Si vuelvo a verte con esa cara de asco y de miedo..., peligrarán los padres de Muzzo y Lucca. ¡Largo de aquí!

Ella corrió, al salir, como si huyera de un demonio inesperado. A solas Giano Crespi, fue apartando las rocas, hasta descender al pozo donde guardaba los dos cofres que iban llenándose...

Volvió a salir media hora después, bajó a la playa, y se bañó. Estaba secándose al sol, cuando llegaron Marco y Tulio Forca, un estudiante de comercio.

—Hola, Giano. Parece que me buscas.

—Sí, hombre. Llevas varios días rondando mucho alrededor mío. ¿De qué se trata?

—Hombre..., ya sabes que Bianca me gusta —dijo Forca, desviando la vista.

—Ya... ¿Y nada más?

—Nada más. ¿Qué iba a ser?

—Bianca es mi novia, y el que la ronde demasiado de cerca tiene pena de paliza. ¿Quieres probar mis puños, Tulio Forca?

—No es necesario ponerse matón, Giano. Bianca es muy bonita, y yo no sabía que era tu novia formal. Perdona, chico.

—Perdonado, pero cuídate, Tulio. Puedes irte.

—¡Caramba! Pareces el «Capitán Tormenta». Te gusta mandar.

—Por eso te mando al cuerno, Tulio. Desaparece de mi vista, o...

Se levantó Giano Crespi, Tulio Forca titubeó y, por fin, retrocedió. Cuando ya estaba fuera de su vista, opinó Marco:

—No. No hay truco, Gian. Él solamente buscaba a Bianca. Tengo pensado otro golpe; Gian. Hay que trabajar deprisa. Sólo otro golpe, y nos largaremos los dos.

—Los dos, no. Tenemos que llevarnos a los Otros, no por lealtad, sino para tenerles siempre con la boca cerrada. Si les dejásemos aquí, nos delatarían. Ahora, no hay miedo de que lo hagan. Venga, explica la idea. Tiene que ser buena, porque ahora toda la policía yanqui estará alertada. Por suerte, se les huele a cien metros.

CAPÍTULO VI

EL MARINERO CAMORRISTA

Tony Spezia llevaba cinco días en la celda. Adelgazaba, y su barniz yanqui iba desapareciendo. Imprecaba en italiano, rezaba a la *Madonna*, pegaba puntapiés a las paredes, se mesaba los cabellos y sostenía conversaciones con la litera, que a veces era un juez, otras Laura...

Agotado por el calor y el cansancio, se durmió aquella tarde de su sexto día de celda a la misma hora en que, ante el jefe del Servicio de Información Militar de Nápoles, dos soldados «P. W.» llevaban asido por los codos a un sujeto de exótica traza llamativa.

Vestía de azul, como un marino mercante, pero calzaba zapatos de piel roja, y al cuello llevaba una gasa del mismo color.

—A la orden, mi comandante —dijo uno de los soldados—. Este marinero camorrista estaba peleándose en la Vía Umberto. Le llamamos la atención, y contestó agresivamente. Lo hemos traído.

—Bien. Salgan ustedes. Quiero hablar con él.

A solas, el comandante tendió la diestra.

—Bienvenido, señor Rocco. Tengo ya un extenso informe sobre su misión. ¿Ha leído el periódico?

—Sí, señor. Supongo que de esto no se podrá culpar a Tony, ¿eh?

—Es grave el caso de su amigo Spezia, señor Rocco.

—Es fácil la solución, señor.

—¿Sí? Ilústreme. Confían mucho en el

F. B. I.

, en sus facultades, pero me gustaría saber cómo se las compondrá

usted.

—Deme dos licencias. Primera, acceso como un preso ordinario a la celda de Tony Spezia; segunda, que Spezia salga conmigo en libertad.

—¿Eh?

Explicó Rocco su plan, y, al final, el comandante replicó:

—Un método duro, señor Rocco, pero lo apruebo plenamente. Veo que en Chicago no estaban equivocados sobre su capacidad..., aunque, permítame decirlo, se tiene bien ganado en su mejor sentido el apodo de pirata.

—Usted no podía recurrir a este procedimiento, porque era preciso tener confianza en Spezia. Que sus soldados me lleven a la celda de Spezia, sin ningún miramiento.

* * *

Tony Spezia oyó los cerrojos. Se sentó en la cama, medio aturdido, porque estaba siendo arrancado de su primero y profundo sueño.

Oyó una voz sonora y conocida que decía:

—Sin empujar, grullos, ¿o qué va a ser eso?

Los soldados cerraron la reja, y se fueron. Tony Spezia se cogió la cabeza entre las manos, y exclamó:

—¡Ay, *Madonna*! ¡No!

—Ay, sí.

—Pero... ¿eres tú? ¿Tú?

—Yo, el legítimo, el único, el verdadero Jimmy Rocco.

—¡No, no puede ser!

—El mundo es un pañuelo.

—Tú estabas en Chicago. ¡Ay, Dios! —Y un ronco sollozo arañó la garganta del excabo Spezia—. ¿Qué te ha pasado, Jimmy?

—Una peleíta, nada más. Y a ti, encanto, ¿qué te ha ocurrido?

—¡Un follón espantoso! ¡Algo que...! ¡Hombre, me alegra verte, Jimmy! Estoy embrutecido...

—Lo veo, mi cabo.

—¡Me han quitado los galones, Jimmy!

—¡Qué pena!... Pero sigues con todos los dientes y con las narices en su sitio.

—¡Es inicuo lo que hacen conmigo, Jimmy! La cosa está clara. Laura me telefoneó, y yo fui al parque, al Estanque de los Lirios...

—Acaba, lirio, o, mejor dicho, empieza, y con claridad. Corre el rumor de que Tony Spezia se dedicaba a comerciar con un tendero aprovechado, explotando la pobreza y el afán de fumar y comer chocolate, que tienen los napolitanos.

—¡Juro..., juro por la *Madonna*. Jimmy, que yo...! ¡Hospa, Jimmy! Tú me conoces.

—Explica detalladamente lo que te pasó.

Tony Spezia aludió a cuanto le había pasado. Al terminar, miró con ansiedad a Jimmy Rocco.

—Me crees, ¿verdad?

—¿Y tú eras el tunante? ¿Sabes lo que te espera?

—Dicen que me pueden fusilar...

—¿Cómo, que te pueden...? Están ya engrasando los cerrojos de los fusiles.

Estar en aquella situación de «primo» delante de Jimmy Rocco, avergonzaba a Tony Spezia, pero la alusión al fusilamiento le hizo erguirse dignamente.

—Sabré morir, Jimmy. Y tú les dirás a los míos que morí inocente...

—¡Menos teatro!

—¿Es que dudas que sabré morir valientemente?

—Vamos a verlo. A esto he venido, a comprobar si sabes morir como los hombres, dando cara y pecho.

—No lo dudes; pero es también triste que, sin beberlo ni comerlo, tenga yo que espichar. ¡Maldita Laura!

—Tu Laura podía ser un tío con barba, fingiendo voz de locuela. Al grano, Tony.

Explicó Jimmy Rocco por qué había venido. Y Tony Spezia dilató su faz en amplia sonrisa de contento.

—¡Salvado! ¡Estoy salvado! Tú eres mi amigo, Jimmy, y, además, un tipo listo como no los hay. ¡Salvado!

—Seguro, hermano. Es más. Vendrá ahora el barbero, te afeitarán y volverás a lucir los galones y pasear por Nápoles.

—No... seas... cruel...

—¡Qué va! Soy tu ángel de la guarda. Es sencillo. Acabo de hablar con el jefe del Servicio de Información Militar, y esta misma

tarde, en la edición del diario de ocupación, aparecerá tu retrato y un letrado que dirá: «El cabo Tony Spezia, injustamente acusado, fue víctima de un atentado. Ha reconocido a uno de sus agresores».

—Pero si yo... ¡Yo no vi más que aquel espantajo de mujerona!, que ahora me doy cuenta era un espantajo...

—Sigues cerrado de mollera, Tony. No viste a nadie, pero esto sólo lo sabes tú, el jefe y yo. Y los tres callaremos, ¿verdad, ricura?

—No veo dónde vas a parar.

—Te prometo gardenias, camelias y un ataúd de bronce, Tony.

—No te entiendo, Jimmy, por favor...

—A las seis de la tarde, tú pasearás por los sitios más transitados, tomarás copas, te lamentarás de las canalladas que pretendieron endilgarte, y afirmarás que pronto cogerás a la banda. ¿Y sabes qué pasará, mi querido cabezota?

—¡Hospa! ¡Pues que me brearán a tiros y puñaladas!

—De eso se trata, precisamente. Y morirás útilmente, porque así yo seguiré la pista del que te suprima. Es infalible.

—Para broma, es mucha broma, aun procediendo de ti, Jimmy.

—Yo te tenía por un hombre, Tony, y me llevo una desilusión. Ya que prefieres morir ante el pelotón, allá tú. Pero yo creía que tú preferirías morir luchando.

—¿Contra quién? Jimmy, cuando los de la banda lean el periódico, lo harán todo para quitarme de en medio, y yo no puedo saber contra quién he de precaverme.

—Adiós, Tony.

—¡Escucha, Jimmy! No te vayas... Compréndelo... ¿Cómo puedes condenarme a andar por la ciudad, expuesto a cada segundo a que me lancen un puñal o me acribillen desde una azotea?

—Yo no te condeno a nada. Te condenaste tú. Y el único modo de demostrar tu inocencia es que yo coja al verdadero culpable, ¿no? Renuncio a ello, porque si vine fue pensando encontrar a Tony Spezia, el macho, y me he encontrado con un soldadito arrugado y encogido.

Tony Spezia volvió a erguirse.

—¡Sea! ¡Envíame al barbero, Jimmy!

Jimmy Rocco rió suavemente primero, a carcajadas después. Tony Spezia trató también de reír, pero sólo emitió un balido lastimero.

—El barbero, ¿eh, tunante? Escucha, Tony; esta tarde, a las seis, serás un valiente andando en busca de la muerte. Pero tú sabes quién soy yo. Iré por donde vayas, y cuando me toque ser el marino borracho y camorrista, estaré a tu lado. ¿Tengo pupila o no? ¿Voy a querer que te maten, aunque te lo merezcas por borrico? ¿Somos o no compinches, desde que nos dedicábamos a jugar al aro?

—Es Verdad, Jimmy. Tú no me dejas en la estacada. Y, ¡maldición!, si pescas a Laura, estrangúlala, Jimmy, de mi parte.

—Procuraré dejarte ese placer a ti. Hay algo que me revienta, Tony. Y es que los que te han metido en esto son unos cerdos, porque no han dado la cara, sino que han complicado a becerros como tú. Y esto... ¡esto no lo consiento yo!

—¡Venga con el barbero, Jimmy! —exclamó, ya más animado, Tony Spezia.

—Ahora mismo. No me conoces por la calle, Tony. Hasta luego.

En su despacho, el jefe del Servicio de Información Militar manifestó:

—Tenga presente, señor Rocco, que he accedido debido a la entusiasta recomendación de Alfred Luke. Suponga que Tony Spezia es de la banda. Escapará, o a usted lo matarán.

—Aparte esa idea, señor. Tony se ha comportado como un novato, y ahora ha de pagar. En cuanto a mí, ha de nacer todavía la mujer que me atrape, y han de fundir la bala que me mate. Del asalto al camión y la matanza del «jeep», ¿qué pista tienen?

—No hemos publicado nada. Pero en la cuneta, junto a uno de los muertos, se encontró este broche de mujer. No había huellas digitales. Debió desprendérsele a una mujer... que sería la causante de que el camión se detuviera. En el fusil ametrallador hay unas huellas digitales masculinas. Esto es cuanto poseemos Como pista.

—¿Puedo llevarme el broche? ¿Pueden publicar la fotografía de este broche en la prensa de la tarde, diciendo que pertenece a una mujer de la banda?

—De acuerdo. Buena suerte, señor Rocco. Si dentro de doce días no ha habido novedad, él cabo Spezia reingresará en la celda, en espera de juicio sumarísimo.

—El cabo Spezia, señor, se dispone a cumplir con su deber. Y no morirá fusilado... Ah, una cosa. Si es que me vigilan a mí, pensando que voy a facilitarle la fuga a Tony, renuncio. A la que me dé

cuenta que huelo a polizontes y sombras a mi alrededor, le traigo a Spezia, y me vuelvo a Chicago.

—Usted es para mí un honorable agente del

F. B. I.

, señor Rocco.

—Vaya... Las cosas que hay que oír, por culpa del imbécil de Tony. Hasta pronto, señor.

* * *

El

«Hot-Hot

» era el club más concurrido de Nápoles. Medio *cabaret*, medio pista de baile para las jóvenes italianas ansiosas de olvidar la guerra con músicas de estridencias y acrobacias, donde el *bugui* y el *swing* imperaban.

Muchos soldados americanos consiguieron novia seria, y esposa, en el

«Hot-Hot

». Había palcos especiales, destinados, exclusivamente, a estudiantes y sus novias.

Bianca Magni, a las seis de la tarde, disimulada la hinchazón de su labio superior por las compresas que se había aplicado, y ahora por el carmín acentuado, estaba esperando la llegada de Giano Crespi.

En la pista, bailaban, Carlo Muzzo con una chica de gafas, que muy en serio agitaba el índice, y contoneaba las caderas, y Marco con una chiquilla de quince años, que afectaba aires de cínica.

Al tomar un descanso la orquesta, salieron a la calle, donde pregonaban en aquellos instantes el único periódico que se publicaba. Diez minutos después, Carlo Muzzo llegaba con Fiorenzo Lucca al palco ocupado por Bianca Magni.

—¿Cómo está tu hermana, Fior? —inquirió Bianca Magni.

—Peor..., ¡y esto es el final, Bianca! —murmuró Lucca, tendiendo el periódico—. Han soltado al cabo Spezia, que dice que puede identificar a uno de sus agresores... Y ¡mira aquí! Éste es el broche de Gioia, el que le regaló Marco.

* * *

Marco había salido en busca de Giano Crespi apenas leyó en el periódico lo que le interesaba. Lo encontró en el café de costumbre.

—Ya, ya... Calma, Marco; ¿o también tú estás nervioso? Es puro farol, sí, hombre; puro *bluff*. Sueltan al cabo como señuelo..., para ver si alguno de la banda lo quiere hacer enmudecer. ¡Bah, un truco!

—El broche, Gian. Cuando el padre de Gioia lea la prensa...

—La leerá después de cenar. Ahora, irás a buscar a Gioia.

—¿Por qué?

—Es muy impresionable. Podría... hasta suicidarse, la muy necia. Y entonces saldría a relucir lo del broche.

—Pero en esta foto el padre de Gioia lo reconocerá.

—Gioia lo perdió, y él nunca sospechará de su hija.

—Pero estimará su deber decir a la policía que su hija lo perdió. Y ellos no se lo creerán, y harán averiguaciones de dónde estuvimos ayer tarde, a las siete.

—¡La muy idiota!... ¡Perder el broche! ¿Dónde lo compraste Marco?

—En los subterráneos, al judío Gismondi. Tenía otros...

—¡Como un rayo! ¡Que te dé otro, y callará, por la cuenta que le tiene! Es tu amigo. Dale cien dólares.

—Se le abrirá el apetito. Después, me someterá a chantaje.

—Pagarás, hasta que nos larguemos.

—¿Por qué no nos vamos ahora?

—Sería, vendernos, y, además, ahora todas las salidas estarán vigiladas. Serenidad, Marco. Ve por el broche, y con Gioia al «Hot-Hot

».

* * *

Muchas de las que bailaban miraron con agrado al desconocido marinero, que, con andar de perdonavidas, fue a acodarse a uno de los mostradores, contemplando con ojos descarados a todo el mundo.

Un poco más allá, Tony Spezia pedía el sexto coñac. Tenía los

nervios tirantes. Hacía dos horas que paseaba de un sitio a otro, receloso, pero sin demostrarlo.

Bianca Magni bailaba con Fiorenzo Lucca, y la fealdad del muchacho hacía resaltar la prodigiosa belleza de ella.

Y el experto Rocco pensó lo mismo que unas tres semanas antes pensó él pintor, viendo en la playa a los cuatro, jóvenes:

«Feliz juventud sin preocupaciones. ¿Para qué habrá entrado aquí este becerro de Tony? Un poco más, y estará borracho».

Tony Spezia, en el mostrador, preguntaba:

—¿Conoce usted, amigote, a una damisela llamada Laura?

—Laura, Laura... ¿Es rubia, morena o pelirroja?

—¡Es verde! ¿Tantas Lauras conoces, camarero?

—Bailando, ahora mismo, hay cuatro; no, cinco... Bueno, seis.

Un joven rubio, bronceado, agradable de aspecto, se acodó junto al cabo Spezia.

—Hola, militar. Habla usted el italiano como yo mismo.

—Circule, mocosito.

—Le oí preguntar por Laura —dijo Giano Crespi, amablemente.

—Es inútil; gracias de todos modos, joven. La Laura por quien yo pregunto no estará aquí. ¿Una copa?

—Con gusto. Usted es de los «bazookas», y es un cuerpo que me admira. Eso de apoyarse en el hombro un cañón y esperar a pie firme a que se acerque el tanque, es cosa de valientes de veras.

—Me dijo que era alta y rubia; pero hay aquí tantas rubias...

—¡Oiga! ¡Pero si usted es el cabo que viene retratado hoy, en el periódico! —exclamó, jovialmente, Giano Crespi.

—Soy. ¿Y qué?

—Es usted todo un valiente, cabo. Usted cogerá a la banda.

—Éste no coge ni una mosca con todo su golpe de galones —intervino Jimmy Rocco, acercándose—. Yo invito, general —añadió, con voz pastosa.

—Circule, marino —dijo, pretendiendo ser severo, Spezia—. ¿No ve que estoy hablando con mi joven amigo?

—Donde hay tres, caben dos..., o viceversa. Y si lo que busca es camorra, cabo, sepa que me llamo Rocco, y en Chicago me conocen bien. ¡Galerna, vaya rubia más bonita!...

Bianca Magni, aproximándose, hizo una señal a Giano Crespi, que murmuró:

—Excusen. Volveré.

Ya junto a ella, preguntó, en voz baja:

—¿Qué sucede, Bianca?

—¿Por qué... por qué te habla el cabo?

—Le busqué yo. Me haré su amigo. La policía no puede pensar que yo, siendo el jefe de la banda, me deje ver hablando con el cabo Spezia. Y yo tendré su amistad. Ahora, bailemos. Después, te lo presentaré.

—Vámonos, cabo, a otro sitio —decía Jimmy Rocco, entre tanto —. Aquí sólo hay niños curiosos que le toman a usted por un héroe.

—Como quiera, marino. Allá, aquí o en otro sitio, me da igual.

—Es necesario, Bianca —proseguía Giano—. Que pasen por delante del cabo, Fior y Carlo. No pestañeó siquiera al verme. Y persisto en decirte que lo de la prensa es puro *bluff*. Los de la «poli» van a ciegas. Baila con Carlo, y dile que vaya a pedir una copa, cerca del cabo, y que después haga lo mismo Fior. Y verás como el cabo no demuestra conocerlos.

—Es hermosa la rubia que baila con el rubiales —comentaba Jimmy, mirándolos—. Pero tiene ojos de asustada o de asqueada, cabo.

—Es alta y rubia... como Laura.

—Altas y rubias hay a centenares en Nápoles. Aquí estamos perdiendo el tiempo, cabo. Toda esta gente son chiquillería... Un momento, un momento, cabo. La rubia bonita nos mira disimuladamente, ahora que ha cambiado de pareja, y hay miedo en sus ojos. ¡Seguro! Pero,...no puede ser. Son mocosos... como el rubiales que ahora viene... ¡Bien, bien, bien!... Éste es tu amigo, cabo —dijo, cuando aquél estuvo junto a ellos—. Hay que celebrarlo, cabo Spezia. Yo me llamo Rocco, ¿sabes? Y tu joven amigo se llama Guapetón.

—Me llamo Giano Crespi —declaró, sonriente, el joven.

—Pero eres guapetón.

Fiorenzo Lucca, que se había acercado, empujó al cabo Spezia para coger su copa de refresco. Murmuró:

—Excúseme.

—No hay de qué, no hay de qué, muchacho. Pero no lo repitas, porque tengo los nervios en punta, y a lo mejor me creo atacado, y empiezo a repartir estopa. Porque la cochinada que a mí me han

hecho, me la pagan.

—Ya leímos su caso, cabo, y es indignante —dijo Giano Crespi—. Por lo visto, le golpearon...

—A mí, no ha nacido, quien... Bueno, me narcotizaron, eso es. Pero ahora, estoy bien despierto, y buscando voy al mequetrefe que me echó el saco. A la que lo vea...

Carlo Muzzo y Fiorenzo Lucca escuchaban ávidamente, fingiendo sonreír. El cabo Spezia les miró, y observó, benévolo:

—Id con las chicas, muchachos. Son conversaciones de personas mayores.

Se fueron los dos, muy aliviados. Giano Crespi, manifestó:

—Yo tengo dieciocho años, cabo.

—Pero parece tener veintitrés, palabra. ¿Verdad, marino?

—Esa rubia está superior, cabo. Y es extraño, nos mira de reojo de vez en cuando, con ojos de miedo oculto.

—Es que estamos con su amorcito, y temerá que lo emborrachemos.

—Eso es, eso es —aprobo, convencido ya, Rocco—. Bueno, ¿nos vamos a otro lado, cabo? Aquí no hay lugar para dos talludos varones que han desafiado las tormentas de los siete mares.

—Este club se pone bueno a partir de la media noche, señores —advirtió Giano Crespi—. Viene gente de todas clases, y a veces la policía militar hace redadas. Resulta curioso.

—Volveremos, entonces —prometió, solemnemente, el cabo Spezia—. Hasta pronto, guapetón.

En la calle, Jimmy Rocco cogió del brazo a Spezia, que se dirigía hacia otra iluminada avenida.

—Un paseo por el parque, Tony.

—No hay un alma por allí, Jimmy.

—Quiero meditar al borde del Estanque de los Lirios.

—¡Oh, bueno; contigo no tengo inconveniente en ir allá!

—La juventud de hoy en día es distinta a la que vivimos nosotros, Tony. Tienen un aire inquieto, huidizo, poco sincero. La misma rubia novia del muchacho simpático, es preciosa, casi divina..., pero sus ojazos tienen la expresión de una gacela perseguida por jaurías.

—La guerra los ha endurecido y dañado —tras breve pausa, comentó—: Van ya tres horas de *via crucis*, Jimmy. ¿Dará resultado?

—Creo que sí. Ahora nos separamos, Tony. Te sentarás en el mismo lugar donde esperaste una hora y cuarto a tu misteriosa Laura. Yo rondaré sin ser visto.

Suspiró Tony Spezia, echando a andar solo, por el camino flanqueado de álamos que conducía al Parque Vestrino.

Jimmy Rocco se separó del camino. No podía apartar de su imaginación los hermosos ojos azules de Bianca Magni, dilatados por íntimo pavor y sufrimiento...

CAPÍTULO VII

«MUERTE Y HORCA»

—Ya habéis visto como yo tenía razón. Todos nosotros hemos estado bien visibles ante el cabo Spezia, y era lo que os dije. Un farol. Lo emplean en espera de que seamos tan torpes como para quitar de en medio a ese señuelo.

Miró Giano Crespi su reloj, y masculló:

—Tardan mucho Marco y Gioia. ¡Telefonea a tu casa, Fior, preguntando por ella!

* * *

El judío Gismondi tenía la justa fama de ser generoso con la juventud, a la que procuraba siempre favorecer. En la sede del mercado negro, el laberinto de subterráneos, antigua red de vertederos de la época romana, Gismondi tenía instalado su puesto de baratijas, de fina bisutería y postales artísticas.

Pero también se decía que Gismondi, cuando olfateaba un hecho delictivo, le agradaba erigirse en juez, a la vez que sacaba el máximo partido de la situación.

Cenaba su habitual condumio frugal de aceitunas, pan y queso regado con acre vinillo blanco, sentado en la piedra que era su puesto de venta y tertulia, cuando vio aparecer al extremo del túnel a su conocido Marco, que acudía presuroso.

La caja cerrada conteniendo las baratijas y bisutería estaba sobre el caballete.

—Hola, Gismondi. Tengo que obsequiar a una chica, y como

vendes baratijas y cosas de gusto, he pensado que tendrás lo que busco.

—Seguro que sí, Marco. Pero me dejarás acabar de cenar, ¿no?

—La chica me espera.

—¿Por qué no vino contigo, Marco?

—Es tímida y asustadiza, y se cree que en estos pasadizos bajo tierra anida la corrupción.

—Haces bien en velar por la moral Marco, que en Nápoles está hoy muy relajada.

Con desesperante lentitud, procedió Gismondi a recoger las cosas dentro del morral, y después sacó lo que parecía un lápiz en su funda, y que era una pluma de ave cortada al bisel, que le servía de palillo, con el que deleitosamente se hurgó los dientes.

—La chica me espera, Gismondi.

—Eso es bueno. Hay que hacerlas esperar de vez en cuando, Marco, o si no son ellas las que se toman esta libertad. ¿Ya no cortejas a Gioia?

—Sí. Esta otra es un capricho pasajero.

Gismondi fue soltando las correas que rodeaban su caja, y comentó:

—Estás nervioso, Marco. ¿Tan hechicera es tu nueva conquista? ¿Qué quieres regalarle?

—Cualquier tontería de esas que les gustan.

—Ya. Esta cadenilla para el cuello, o este brazalete, por ejemplo. ¿O, te gusta más esta hoja de plata que puede servir de broche?

—Me llevaré este broche, Gismondi. —Y Marco adelantó la mano hacia el que era idéntico al regalado una semana antes a Gioia.

El judío apartó la mano de Marco con la suya, y cerró la caja.

—No, Marcó.

—Pero... ¿por qué no?

—Yo tengo mis delicadezas, y no quisiera luego que Gioia, con razón, me reprochara haberte vendido para otra chica un broche igual al que le compraste.

—Tú vendes, Gismondi, y no eres quién para meterte en mis asuntos particulares.

El rostro magro del judío se arrugó en taimada risita.

—Marco, querido, cuando tú tenías por horizonte la teta de tu

nodriza, ya estaba yo afeitándome.

—Esas tonterías de la experiencia de los años, me río yo de ellas. Puede un hombre de sesenta haber vivido menos que un muchacho de quince de hoy en día.

—Tal vez, Marco.

—¿Me vendes o no ese broche?

—Coge cualquier otra cosa.

—Quiero ese broche.

De su larga chaqueta el judío extrajo el periódico de la tarde. Sin decir nada, lo enseñó a Marco, doblado por la página, donde venía la fotografía del broche.

Palideció Marco, que, forzando una sonrisa, arguyó:

—¿Y qué?

—Yo soy bueno, Marco, pero me horripila que me tomen por tonto, como sucede con frecuencia. Ganarás más conmigo hablando claro, que pretendiendo mentirme.

—Gioia... perdió el broche, no sabe dónde ni cómo. Figúrate tú si la policía sospechase, los pobres padres de Gioia y Fiorenzo...

—Pobres de ellos, tienes razón. Ellos son los que pagan siempre los pecados de los hijos. Pero, vamos a ver, Marco: ¿es que no tienes ya confianza en mí? ¿No te cambié los de cincuenta, reseñados? ¿El género que por aquí vendiste no era el mismo que faltó de los barcos? ¿Es que quieres que te ayude, sí o no?

—Fue... ¡fue Giano Crespi!

—Giano Crespi no ha sido nunca joven. Es malvado, como un Luzbel endiosado. Fue seguramente él quien disparó contra los soldados del «jeep», ¿verdad, Marco?

—Sí.

—¿Y Gioia? ¿Qué participación tuvo?

—Fingió pelear conmigo en el borde de la carretera, para lograr que los del camión parasen, como sucedió. Y en el forcejeo, debió caérsele el broche.

—Bien. Toma este broche —dijo, tendiéndoselo—. Es igual, Marco, idéntico al otro. Pero los yanquis estarán haciendo pesquisas por joyerías, y llegarán pronto hasta aquí. Lo siento por Gioia, a la que tú has metido en todo este criminal asunto. Mejor sería que os marcharais, dejando una carta escrita para los padres de ella, en la que, por ejemplo, podrías tú decir que os vais a casar lejos, en el

Marruecos español, y que te ves obligado a hacerlo porque tus negocios de mercado negro han sido descubiertos. En fin, cualquier pretexto plausible.

Marco asintió, porque empezaba a estar acobardado. Comentó, tras una pausa de silencio:

—Salir de Nápoles es ahora difícil, Gismondi.

—Tengo un amigo pescador que nos llevaría lejos.

—¿Vendrías con nosotros? ¿Por qué?

—Soy ya tu cómplice, Marco. Si me quedo, tendría que explicar lo del broche.

—Espérame. Voy a hablar con Gioia, Espérame, Gismondi.

En casa de los Lucca, Gioia no había leído el periódico todavía. Permanecía en cama, agitada, doliéndole las sienes.

Veía constantemente una manchita roja que iba extendiéndose hasta formar lagos, donde quedaban sumergidos Marco y Giano.

Su madre entró.

—Anda, Gioia, levántate. Ha venido a buscarte Marco, y un paseo te repondrá.

—No quiero verle. Dile que se vaya.

—Levántate y recíbele, Gioia. No debes hacerle este feo al chico.

En el saloncito, entró Gioia, dispuesta a negarse a salir, y dijo:

—Hemos terminado, Marco, para siempre. Lo he pensado bien...

—No lo has pensado bien, Gioia. Debes vestirte y venir conmigo, porque el tiempo urge.

—No.

—¿Dónde está tu broche, el que te regalé?

—En mi blusa blanca.

—¿Sí? Mira a ver...

—No quiero perder más tiempo, Marco. Es triste, pero...

—Tu broche cayó en la cuneta —reveló, en voz baja, Marco—.

La policía lo ha encontrado, y publican la fotografía en el periódico, que esta noche, después de cenar, leerá tu padre. No es hora de lloriqueos, sino de decisiones. Toma este broche. Es igual al otro. Me lo ha dado Gismondi. Vete a vestirte. Deja este broche en tu blusa blanca, Terminaremos con Giano, y verás cómo olvidas esta pesadilla.

Ella obedeció, y poco después regresaba vestida de calle. No sabía por qué, pero Fue con frenesí como se abrazó a su madre, la

cual notó su nerviosismo.

—Cuide de mi hija, Marco, usted que tiene influencia en ella. Lleva unos días muy inquieta.

—Despreocúpese, señora. Ella tiene temor, porque como la situación me obliga a ganarme la vida con el mercado negro, piensa que la policía militar puede encarcelarme.

Ya en la calle, Marco apremió:

—Vamos a escaparnos, Gioia. No discutas. Escribiremos a tus padres, diciéndoles que, por mis asuntos, preferimos casarnos fuera, huyendo. Que regresaremos cuando todo esté normalizado.

—No.

—Prefieres, entonces, que Giano Crespi cometa otro crimen, y que ya no tengamos salvación posible.

—Es horrible, Marco. No podremos escapar.

—Gismondi nos espera, y nos proporcionará un medio seguro, porque tiene un amigo pescador. Iremos al Marruecos español. Giano está esperando en el

«Hot-Hot

», y está furioso contigo.

Ella, con infinito cansancio, murmuró:

—Como quieras, Marco.

Gismondi esperaba en el lugar convenido con Marco.

—Hola, Gioia. Estás desmejorada... —observó el judío.

—Los remordimientos no me dejan en paz.

—Yo soy el culpable de todo, Gioia, y tú solo hiciste lo que te pedí. Ahora, iremos a la cueva.

—¡No! —gritó ella, asustada.

—Tenemos que ir. Allí está mi parte, y justo es que me la lleve, porque para eso Giano Crespi me metió en este mal asunto. No tengas miedo, Gioia. Desde allí nos llegaremos a la playa, donde el amigo de Gismondi nos llevará al tranquilo refugio, y nos casaremos, y escribiremos antes de partir a tus padres...

—Es mejor que así lo hagas —apremió Gismondi.

Dirigiéronse los tres hacia el embarcadero, donde alquilaban lanchas. En una de ellas irían hacia la cueva, fingiendo un paseo.

El barquero sonrió, viendo a Gismondi.

—¡Qué mal corazón tienes, Gismondi! A esta hora el mar es delicioso para arrullar el paseo de dos jóvenes enamorados, pero

tú... sobras. No seas tercerón.

—Gismondi nos leerá poesías a la luz de la luna —rió Marco.

Remó, para después izar la pequeña vela. El recorrido era breve. Al desembarcar en la caleta umbrosa, plateada por reflejo lunar, Gioia se estremeció.

—Si no quieres subir con nosotros a la cueva, Gioia, quédate aquí.

—Sola, tendría más miedo.

—¿Miedo de qué, tontuela?

—Aquí era donde los piratas argelinos desembarcaban...

—Bah... Influjo de la noche. Los piratas argelinos desembarcaban en todo el litoral. Vamos.

—La cueva estará a oscuras, Marco.

—Hay linternas allí.

Sólo se oía el lamento tenue del mar y un susurro de brisa entre los pinares. Era una noche plácida, quieta y suavemente templada.

En la cueva, dirigióse Marco al fondo, y encendió las dos linternas. Eran de cristal tallado en facetas, y teñidas de rojo.

La visión de manchas de sangre volvió a inundar la mente y las pupilas de Gioia Lucca, que cerró los ojos, sentándose en uno de los toscos escabeles de pino sin pintar, junto a la mesa de igual contextura.

—Sólo un instante, Gioia —advirtió Marco—. Vamos, Gismondi; tú me ayudarás, y terminaremos antes.

Apartó Marco, al fondo, la roca que obstruía con otras la entrada y descenso al pozo. Llevaba una de las linternas, y fue iluminando los escalones tallados en la piedra y que iban descendiendo hasta el escondrijo donde guardaban los dos cofres.

A solas, Gioia Lucca tenía un miedo irrefrenable. La tenue luz rojiza que bañaba las paredes le parecía iluminar sobre el pétreo hueco cóncavo figuras de piratas sedientos de sangre, que tenían la dura sonrisa y el guapo aspecto de Giano Crespi.

Al pisar el peldaño número quince, llegaron al fondo del pozo, que era una oquedad húmeda de unos ocho metros cuadrados.

Otra linterna colgaba, sobre los dos cofres. La encendió Marco, mientras Gismondi comentaba:

—Es imprudente en Giano Crespi, tan meticuloso, dejar estos cofres al alcance de cualquier muchacho explorador que,

metiéndose en la cueva, podría hallar este pozo.

—Levanta la tapa de éste, Gismondi.

—Un momento, Marco. ¿Cuánto piensas llevarte?

—¡Todo! Son billetes de cien dólares y monedas de oro, y también joyas. Todo es cambiabile...

—Esto me temía, Marco.

—¿El qué?

—Tú codicia.

—Voy a ser tan necio como para dejar nada... ¡Sí, sí!...

—Escucha, Marco. ¿Qué trato hiciste con Giano?

—Partes iguales. Somos seis, y me corresponderían dos: la correspondiente a Gioia, y la mía. Pero ahora no voy a tener escrúpulos con un malvado sin escrúpulos como Giano Crespi.

—No es cuestión de escrúpulos, sino de tu propia conveniencia, Marco.

—Mi conveniencia es ser rico siempre, y lo soy con todo esto. La tercera parte para ti, Gismondi, por tu ayuda.

—Yo lo hago por Gioia, y no quiero esta riqueza. Pero piensa en la reacción de Giano, al verse sin dinero. Os denunciará, desde lejos, y donde estés te alcanzará la mano de la justicia. En cambio, si te limitas a llevarte las dos partes que te pertenecen, en este pacto de piratuchos modernos, lo único que podrá pensar Giano es que desertaste, y huiste por miedo. ¿Comprendes?

—Estás demasiado en plan de consejero, judío. Total, ¿para qué te necesito? Lancha la tengo, y tú no denunciarás a Gioia, porque la quieres; ¿o crees que no me he dado cuenta, judío?

Agresivo, Marco hizo un gesto extraño. Hundió la diestra en su bolsillo y sacó algo, que dejó oír un crujido metálico al soltarse el muelle. Apareció la hoja de un cuchillo, ancha y corta...

—Hay miasmas pestilentes, a piratería, aquí dentro —opinó Gismondi, sin desconcertarse—. Te estás comportando como un bandiducho de opereta, Marco. Anda, abrevia y coge lo que quieras. Cuando Gioia esté a salvo, entonces me separaré de vosotros. Ella te quiere, y contra el amor mal colocado no hay quien pueda luchar.

—Podrías ser un mal enemigo, judío...

Se abalanzó Marco, y Gismondi, que no esperaba el ataque, abrió los brazos, sorprendido. Se dobló hacia delante, cuando la hoja acerada penetró de llenó en su pecho.

Retiró Marco la hoja ensangrentada, y esperó, dilatados los ojos. El hebreo fue arrodillándose lentamente hasta quedar acodado sobre uno de los cofres. Parpadeaba, como si no comprendiera...

Se apretó el pecho por donde a borbotones salía la sangre. Su voz, casi tuvo solemnidad de oráculo:

—Quien a hierro mata, a hierro muere... Yo creí que sólo el *jazz*, la nueva religión de Europa, te envenenaba, Marco... Y sus trompetas lanzan vibrantes sonidos..., grito sostenido que anuncia el gran juicio final... Y sigue el mundo bailando... mientras cae lentamente el telón... Misericordia para ti, pobre... Marco...

La cabeza de Gismondi cayó sobre su pecho, y un último estremecimiento engarfió sus dedos.

Marco, encendidos los ojos, se abalanzó sobre el otro cofre, cuya cubierta alzó. Había una segunda tapa, con dos orificios para insertar las manos y poder levantarla. Bajo ella estaban los saquitos que contenían los billetes, las monedas y las joyas.

Introdujo febrilmente Marco las dos manos, y se contrajo dolorosamente, lanzando un grito agudo...

Arqueó la espalda para librar sus dos manos, cogidas en dentados cepos. Pero sólo consiguió aumentar el dolor de sus manos y muñecas mordidas por los dientes de hierro...

Cayó de bruces, desmayado.

El grito que lanzó llegó muy apagado a lo alto del pozo, pero a oídos de Gioia Lucca sonó como el lamento de un atormentado.

Temblando, se levantó, para balbucir:

—Marco... ¿Qué sucede?

Oyó un siseo a sus espaldas, y se giró lentamente sabré los altos tacones. Adelantó las dos manos, como si quisiera ahuyentar una visión espantable e imposible.

En la oscuridad de entrada a la cueva, Giano Crespi sonreía, mostrando la blancura de sus dientes.

Gioia Lucca se vio acometida por un frenético afán de huir, pero sus piernas no obedecían el imperativo de su cerebro a punto de estallar. Giano Crespi avanzó con lentitud.

—Me parece que alguien gritó, Gioia preciosa.

—No..., no oí nada.

—Habrás venido a meditar, ¿verdad, bonita? Te conviene, y mucho, meditar, porque te comportas estúpidamente. Olvidas tu

broche, luego te enfermas sensiblemente, y, por fin, te encuentro aquí, después de haber esperado media hora en el «Hot-Hot».

El tono ominosamente suave de Giano Crespi produjo en Gioia Lucca una sensación de mareo. Se apoyó en la mesa, llevándose la mano a la frente, cerrados los ojos.

—No te vayas a desmayar, Gioia querida. Son recursos de otros siglos. ¿Y Marco, dónde está mi fiel lugarteniente?

—No sé...

—¿No? ¿Quién apartó las rocas de entrada al pozo?

Giano Crespi asió por un hombro a la atemorizada muchacha, y, dándole un empujón, ordenó:

—Baja tu primero. Tenemos que hablar nosotros.

—¡No... quiero...!

—¿Motín a bordo? —sonrió Giano Crespi—. Te advertí que no toleraba más rebeldías. Anda, hermosa; vamos a ver a tu adorado.

La condujo casi en vilo, empujándola por los sobacos. Fue descendiendo los peldaños, y, al llegar al último, horrorizada, Gioia Lucca vio al apuñalado hebreo, que parecía mirarla con reproche, mientras a su lado, adherido al otro cofre, Marco yacía de bruces, hundidos los brazos en el interior.

Gioia Lucca no pudo resistir más, y se desplomó pesadamente.

Giano Crespi sacó de su bolsillo el cuchillo, que, igual que el de Marco, era de muelle. Chirrió éste, y la hoja brilló con rojizos resplandores a la luz de la linterna.

Se inclinó, y cortó las correas que sostenían el morral y que abrazaban también la caja de baratijas de Gismondi.

Lentamente fue haciéndolas tirillas, que después anudó reciamente alrededor de los tobillos de Marco. Maniobró en la segunda cubierta, y abrió los muelles del doble cepo.

Libre de la mordiente, presión, el cuerpo de Marco cayó hacia atrás. Quedó atado por las ensangrentadas muñecas.

Procedió entonces Giano Crespi a atar las dos manos de Gioia Lucca, enlazándolas con las de Marco.

Hincó la punta de su cuchillo bajo la nariz de Marco, encima del bigote. Temblaron los párpados del prisionero, que por fin abrió los ojos.

—¡Giano!

—Me llamo «rata».

—¡No..., no es lo que te crees! Yo vine detrás de Gismondi, que quería robar..., y...

La diestra de Giano Crespi chocó contra los labios de Marco, cuya cabeza quedó apoyada en el borde del abierto cofre.

—Hubo un pacto, Marco, según el cual me jurasteis todos obediencia y fidelidad. Empleamos la fórmula de los piratas: «Pacto y choca», que significa lealtad. Y añadimos: «Muerte y horca», indicando con ello que la traición se pagaría con la muerte...

—¡Yo... te juro que...!

—Cállate, Marco. Luego podrás defenderte..., ¡frente al diablo! No sé por qué, pero me habéis tomado por imbécil, vosotros. La cualidad del jefe es adivinar la psicología de sus subordinados. Calculé que para ir a buscar el broche y traerte a Gioia bastaba media hora. Telefoneó Fior a su casa, y le dijeron que habíais salido juntos hacía ya veinte minutos.

Y entonces lo vi todo muy claro. Te habías acobardado, y pensabas huir, llevándote el botín.

—Yo... me hubiese llevado sólo mi parte y la de Gioia...

—¡Gian!... ¡Por Dios!... —exclamó Gioia Lucca, que, ya recuperado el sentido, había estado escuchando las últimas frases de Crespi.

—A Dios le volviste la espalda, Gioia, cuando me aceptaste por jefe. Y ahora...

—Si nos matas —dijo de pronto Marco, con energía— ¡estás perdido, Gian! Relacionarán nuestra desaparición con el broche, y contigo...

—No seréis los primeros novios que os escapáis, sobre todo cuando el futuro es, como tú, un estraperlista, siempre al borde de caer en la cárcel.

—¡Gian!... Déjanos huir... ¡por lo que más quieras! —suplicó Gioia.

—Quien falla, no lo fallo. Os lo advertí. Moriréis como los amantes de Verona. Muy juntos...

Había una luz felina en los ojos de Gian Crespi. Gioia Lucca giró el rostro para hundirlo en el hombro de Marco.

—Bello cuadro hacéis, pareja. No hay horca aquí, y es lástima.

Rezad, con devoción... ¡Toma tu parte, Marco!...

El cuchillo se hundió en el cuello de Marco...

Cinco minutos después, Giano Crespi iba examinándose con detenimiento la ropa, en busca de una posible manchita roja.

Había ya vuelto a colocar las piedras que cerraban el acceso al pozo, donde yacían tres cadáveres.

Se sentó en un escabel, meditando. Sólo había una persona que le retenía en Nápoles, y era Bianca Magni.

* * *

Bianca Magni miró su reloj, comentando:

—Hace ya más de media hora que se fue Gian.

—Estará arreglando lo del broche de Gioia —opinó Carlo Muzzo.

—Todo terminará mal, Bianca —murmuró, lastimero, Fiorenzo Lucca—. Es la pendiente; empieza uno a rodar, y surgen los imponderables. Si no fuera por mis padres, hubiese ya ido a entregarme.

Era la hora de la cena, y el

«Hot-Hot

» iba desalojándose de estudiantes. Iban llegando otros noctámbulos.

—Es tarde ya para pensar en entregarse, Fior —rebatía Carlo Muzzo.

—Tu padre más preferiría saber que tiene un hijo ladrón, a que, con el tiempo, también Gian nos convierta en asesinos. Yo no puedo resistir más esta tensión, Bianca —se quejó Fiorenzo Lucca.

—Hubiésemos tenido que pensarlo antes —observó ella—. ¿A dónde vas, Carlo?

—A cenar a casa. Ya sabes cómo es mi viejo. Y tú, ¿no te vas?

—Gian me dijo que le esperase aquí. Tú, Fior..., piensa en tus padres. No puedes sacrificarlos. Ya habrá una solución. Esta noche estoy decidida a decirle a Gian que hay que disolver nuestra... organización.

—Entonces, hasta mañana, Bianca —se despidieron ambos.

Quedóse ella en el palco. Al cabo de unos minutos, tuvo conciencia de que una penetrante mirada la estaba detallando.

Miró, y vio al apuesto marinero de pañuelo de gasa roja al

cuello, que se acercaba por la pista, hasta que se acodó al reborde del palco.

—Buenas noches, princesa. La soledad es mala consejera.

—No me importune.

—Somos ya conocidos. Yo soy amigo del guapetón rubiales que tiene usted por amor.

—Váyase.

—No será sin que me diga por qué esos ojazos de color mar tienen resaca de hondo temor.

—¿Temor yo? ¿De qué? —rió ella, intranquilizada.

—No vea en mí a mi importuno galanteador. Puedo ayudarla a devolver el límpido azul a sus ojos. Para algo soy de mar, y sé cómo hay que bregar con las resacas y mares de fondo.

—Tiene usted gracia, sin ser gracioso.

—Ya vamos mejor. Pronto me llamará usted tostón o me dirá que su novio «es un sol», al, estilo corriente, y por fin podré saber que se llama usted Chichi, Pepi o Mavi...

—Me llamo... ¡cómo no le importa!

—¿Se lo adivino?

—¡Vuelva usted con el cabo Spezia!...

—Lo dejé aspirando aromas de lirio en un estanque del Parque Vestrino...

Los ojos de ella mostraron la inquietud que embargaba su íntima personalidad, cuando Jimmy Rocco extrajo de su bolsillo un objeto con el que jugueteaba entre sus largos dedos.

—Casi seguro que usted se llama Laura... —insinuó.

—No... Me llamo Bianca. Bianca Magni.

—¿Por qué sonrío ahora tan amable?

—Será porque estoy sola y aburrida.

—Eso tiene remedio. Déjeme acompañarla, mientras regresa su amor.

—¿Por qué no? Al fin y al cabo, usted conoce, ya a mi novio.

—Difícil es la competencia con él.

Mientras Jimmy Rocco daba la vuelta y avanzaba por el pasillo para entrar en el palco, Bianca Magni pensaba velozmente: ¿qué hacía el broche de Gioia entre los dedos del marinero? ¿Eran dardos al azar la referencia a «Laura»? ¿Sabía el marinero algo...? Mientras llegase Giano Crespi, ella debía tratar de simular ante aquel

misterioso desconocido, que había aparecido junto al cabo Spezia...
Simularía ser una coqueta fácil. Era lo mejor, para ganar tiempo...

CAPÍTULO VIII

«REHÉN»

Tony Spezia sentía más que nunca la impresión de aislamiento, mirando el agua quieta del estanque, sobre la que flotaban anchas hojas verdosas, sustentando el tallo erguido y blanco.

Cuando la sensación de silencio se le hizo opresiva; y todas las sombras le parecían moverse, razonó, en voz baja:

—Valor, Tony, que no eres un ratón esperando el zarpazo del gato. Yo aguanto todo lo que sea, aunque es distinto esperar un ataque, estando junto a otros, y con armas en la mano. También es mucho pedirle a un hombre, hacerle andar así a solas, sin un mal cortaplumas. Bueno, con Jimmy al acecho no tengo nada que temer. ¡Caerán los ratones!...

Su instinto, acostumbrado a largas horas nocturnas de «escucha» en algún hoyo, cavado ante trincheras, le hacía adivinar que un par de ojos le acechaba entre las sombras.

«Los ojos penetrantes de Jimmy Rocco», pensó, satisfecho. Pero eran otros los ojos que le vigilaban, pertenecientes a un hombre con el dedo puesto sobre un gatillo.

Los nervios de Tony Spezia se retorcieron al oír, lejano, en una de las entradas al derruido y bombardeado Parque Vestrino, el clásico rumor chirriante de unos frenos de coche.

Después percibió el portazo, y entonces retrocedió a su niñez, para encontrar la pueril invocación de todas las noches:

—*Madonna* mía, dame tu amparo.

Se dejó deslizar, para quedar sentado en el suelo. Así, al menos, sus espaldas quedaban a cubierto.

Miró hacia la alameda, por donde se llegaba a la entrada donde acababa de detenerse un coche.

Una silueta femenina avanzaba, pisando con aplomo y guiando sus pasos con un foco de linterna.

El nombre de Laura empezó a repiquetear en el corazón, las venas y las sienes de Tony Spezia, comunicando a sus manos un ansioso afán de cerrarse alrededor del cuello de la que se iba acercando.

Sabía que era una mujer, pero no podía discernir sus rasgos, ya que el foco, de pronto, le iluminó.

Tras el arbusto, el dedo sobre un gatillo se curvó...

La mujer, invisible por el halo de luz de su linterna, dijo, con voz profunda, ampliada por el tenso silencio reinante:

—Se ha hecho usted famoso, cabo Spezia.

Tony Spezia, replegado sobre sí mismo, se dispuso a saltar. Ella, añadió:

—Me indicaron que usted se había internado en este parque. Estoy tratando de encontrar a Jimmy Rocco, para algo muy importante, y tal vez él le ha hablado de mí: me llamo Lyn Vanderbilt, vengo de Chicago y he podido hablar con mi novio Archibald Preston, que, como usted, estaba encartado en el caso...

Aliviado; Tony Spezia sonrió, y, levantándola, dijo:

—Si busca a Jimmy, no tendrá que ir lejos. ¡Eh, Jimmy, acércate, que está buscándote la señorita Lyn Vanderbilt!

De entre los arbustos salió una silueta masculina, enfundando en su cinto la pistola. Pestañeó Spezia al reconocer al que se acercaba.

—¡Mark Parker! ¿Qué mil diablos haces aquí?

El campeón de boxeo, novio de Tina Morenti, explicó:

—Jimmy Rocco me encargó que guardase tus espaldas, cabo Spezia, mientras él se dedicaba a otra faena. Tanto gusto, señorita Vanderbilt. Su acento es inconfundible...

—¿Dónde puedo encontrar a Jimmy Rocco?

—Está en el club nocturno llamado

«Hot-Hot

» —contestó Mark Parker.

—Iré a verle. Sigan ustedes con su misteriosa vigilia.

Alejóse ella, y no tardaron en oír que el motor se ponía en marcha. Instantes después, se desvanecía todo rumor.

Tony Spezia, mascullo:

—Supongo que tienes buena puntería, campeón.

—Confía en mí. He estado a punto de romper de un balazo la muñeca a la Vanderbilt. Regreso a mi observatorio. Desde allí veo los alrededores, y nadie con mala intención podrá salirse con la suya.

Reanudo Tony Spezia su espera de «señuelo», alzándose el cuello de la canadiense.

* * *

Jimmy Rocco sentóse en una silla, apoyándose de brazos en el respaldo, con los barrotes frente al pecho. Miró largamente a Bianca Magni, sin decir una sola palabra.

Ella, nerviosamente, rompió el silencio:

—¿Perdió la lengua, marino?

—Soy italiano, y me inculcaron el arte ancestral de adivinar estados febriles y anímicos. Las niñas de mis ojos penetran honduras sombreadas por la desilusión, el miedo, el desconcierto, tres fantasmas que se agitan dentro de su espíritu atormentado.

—El tono es dramático, si estúpidas son las frases, marino.

—Los dramas nacen siempre de una estupidez.

—Entonces, usted cree ser un adivino.

—Le voy a dar una prueba inmediata. Se contonea usted, y me lanza lánguidas miradas prometedoras, tratando de comportarse como lo que no es: como una profesional. Usted es una chica decente... moralmente. Pero, ante la ley, ha dejado de serlo. Iré más hondo, calando: usted ha delinquido, y sufre un desengaño, porque el hombre que la ha empujado al delito es un vulgar criminal, cuando usted lo creyó un aventurero arrogante, peliculero, sentimental.

—Es usted graciosísimo —comentó ella, temblorosa.

—Si lo fuese, reiría usted, «Laura».

—Me llamo Bianca, Bianca Magni.

En el pasillo, junto a la puerta entreabierto; Giano Crespi escuchaba la conversación, de regreso de la cueva donde yacían tres cadáveres.

—¿Es... un policía? —oyó decir a Bianca Magni.

—Si lo fuese, ya me la habría llevado detenida. No lo soy. Cualquiera de Chicago le dirá los puntos que calza Jimmy Rocco, que, éste soy yo.

Giano Crespi se alejó hacia la salida. Necesitaba poner orden, en sus pensamientos, ahora que los acontecimientos se precipitaban.

En el palco, Bianca Magni perdió de pronto todo su valor, y, levantándose, fue a esconder su rostro entre las manos, en un rincón.

Jimmy Rocco, añadió:

—El botín no ha debido ser malo, y estoy dispuesto a daros escape a todos, a condición de compartir los beneficios. Para algo soy marino y con buenos papeles. Piénsalo, Bianca. Yo me alojo en el «Albergo Montichristi»; Allí esperaré tu respuesta hasta... mañana a las diez de la mañana. Buenas noches, hermosa.

Ella no hizo nada para retenerle. Tampoco Giano, Crespi se movió de donde estaba, al ver pasar al extraño marinero.



Cenaba su habitual condumio de aceitunas

Fue corriendo al palco, y al entrar asió por los cabellos a Bianca, sacudiéndola.

—¿Perdiste la cabeza? Os oí a los dos cambiar confianzas.

—¡Lo sabe todo! Yo no dije nada, Gian. Suéltame, que me haces daño. Él no es de la policía.

—¿Cómo lo sabes?

—Me dijo que en Chicago todos conocen a Jimmy Rocco. Que el botín debía ser crecido, y que por una parte de los beneficios nos proporcionaría escape, porque es marino y tiene buenos papeles. Que esperaría mi respuesta, hasta mañana a las diez en punto, en el «Albergo Montichristi», donde se hospeda.

—Vas a ir a tu casa, tranquilamente. Yo solucionaré esto.

—¿Y Gioia?

—Perdió el valor, y ha huido con Marco. Mejor para nosotros. Dos cobardes menos. Ahora vete a casa, Bianchetta, y déjalo todo a mi iniciativa.

La besó, acariciándole los cabellos. Dijo, suavemente, pegada la boca a su oído:

—A veces soy brusco, mi Bianchetta, pero sabes que para mí sólo hay un valor en este mundo: el tenerte cerca. Anda, vete a dormir, y todo se arreglará.

Instantes después, cuando ella se hubo ido, Giano Crespi, en la barra, tomó un doblé de coñac. Contempló a la desconocida, que, con acento yanqui martirizando el italiano, preguntaba:

—¿Dónde está el señor Rocco?

El barman interpelado se encogió de hombros, replicando:

—No conozco a ese señor.

Había ansiedad en el tono de Lyn Vanderbilt al repetir:

—¿Dónde está? Me han asegurado que se encontraba aquí.

Giano Crespi se acercó, sonriente, juvenil.

—No hace mucho que se fue, señorita. Permítame presentarme. Soy amigo suyo. Me llamo Giano Crespi.

—Soy Lyn Vanderbilt, y tengo urgencia de verle. Es para una... para algo de vida o muerte.

Entornó los párpados Giano Crespi.

—Me dijo Rocco que iba a hacer determinadas pesquisas, en una cueva algo alejada de aquí.

—Tengo mi coche fuera. ¿Sería usted tan amable como para indicarme dónde debo dirigirme?

—Es algo difícil de describir. Me disponía yo a irme a casa pero creo que Rocco me agradecerá que la acompañe allá.

—Gracias.

Ya en el coche, Giano Crespi, sentado junto a ella, señaló hacia una dirección, y ella, conduciendo, comentó:

—Desde que he llegado, no lo he podido ver. Y se trata de algo muy importante.

—Ya dijo usted que era de vida o muerte.

—En efecto. Permítame felicitarle por lo bien que habla usted el inglés.

—Siempre tuve la ambición de emigrar a los Estados Unidos.

El coche avanzó por una carretera, bordeando la playa. Indicó él:

—Hay que dejar el coche aquí. Son unos cien metros a pie.

Por la arena, ella comentó:

—Esta bahía tiene algo de impresionante, en tan profunda quietud.

—De día es preciosa y riente. Allá está la cueva.

—¿Y qué busca en ella Rocco?

—A lo mejor, busca algún pirata —rió Crespi—. Antiguamente, estos parajes eran favoritos para los desembarcos de argelinos.

La ayudó, cogiéndola por el codo, mientras ascendían, y, al entrar en la gruta, él se dirigió hacia la linterna, encendiéndola.

—Es sombrío... ¿Dónde está Rocco?

—Espere... que estará pronto aquí. Es mi mayor deseo.

El tono, cambiado ahora, del hasta entonces tranquilo joven, extrañó a Lyn Vanderbilt.

—Me dijo usted que él estaba aquí.

—Estará, se lo prometo. Cité antes a los piratas, y tal vez haya leído usted narraciones referentes a ellos. ¿Ha oído mencionar alguna vez la palabra «rehén»?

—No...

—Rehén es la persona cuya vida responde de los actos de otra, para obtener dinero o libertad de acción...

—Su absurda actitud es de muy mal gusto, joven.

Giano Crespi iba avanzando, sonriendo. Ella empezó a retroceder, angustiada.

—Si quiere, puede gritar; no servirá de nada no pienso hacerle ningún daño. Simplemente, tenerla como rehén.

La cogió por las muñecas, y ella trató de forcejear; pero Giano Crespi, retorciendo sus brazos y llevándoselos a la espalda, fue atándola con el bramante que había cogido de la mesa.

—Estése quieta, niña yanqui. Ahora irá a esperar la decisión de

su amadísimo Rocco.

La llevó escaleras abajo, atándola de espaldas a los dos cofres. Y ella, aterrorizada, gritó:

—¡Pida el dinero que quiera, pero...!

Él aplicó su mano encima de los labios femeninos. Dijo, duramente:

—Es mi libertad y mi vida el precio de cambio por la tuya. Ya que tanto te quiere Rocco, aceptará mis condiciones ¿no es verdad?

—Jimmy Rocco no es quien piensa usted.

—Dijiste que era asunto de vida o muerte.

—Porque... tiene una bala alojada en un pulmón, y yo conozco aquí, en Nápoles, un doctor americano, militar, que... me ha dicho que esta operación la ha practicado muchas veces, y...

—¡Acaba con el cuento! —rió él, brutalmente—. Tienes imaginación, pero ya de nada sirve.

Comprobó la solidez de las ligaduras hechas alrededor del talle y piernas de la americana, y abandonó el pozo lóbrego, donde Lyn Vanderbilt, sumida en el más angustioso terror, se encontró sollozando el nombre de Jimmy repetidamente, porque ya sólo tenía la esperanza de que «el Pirata» pudiera rescatarla.

Giano Crespi salió al exterior, y al volante del coche de Lyn Vanderbilt lo condujo hasta una playa al otro extremo de la ciudad, donde lo abandonó entre los árboles.

A pie se encaminó hacia el «Albergo Montichristi», y, tras mirar en todas direcciones, saltó la tapia posterior. Poco después, ya en el vestíbulo, se acercaba al mostrador, tras el que dormitaba el portero de noche.

Agachado, atrajo hacia sí el libro-registro, hasta que leyó: «Habitación número 8. Señor Jimmy Rocco, de Chicago». No leyó los demás datos de la filiación.

Colocó el libro en su sitio. El portero emitió un gruñido, se removió, y adoptó una postura más cómoda.

Subió Crespi las escaleras, pisando suavemente. Si podía matar al que había descubierto sus crímenes, el rehén le serviría para conseguir salir de Nápoles...

Sacó de su bolsillo el recio cuchillo de muelles, que distendió, amortiguando el chirrido.

Penetró en el cuarto de baño, cuando hubo pasado delante de la

habitación marcada con el número 8.

Salió por la ventana del cuarto de baño, enrollada al cuello una toalla. Con agilidad de deportista entrenado, anduvo por la cornisa, y atravesó dos ventanas, hasta detenerse ante la Correspondiente a la habitación número 8, que estaba entreabierta, como las restantes.

No había luz, y se oía el tenue rumor de una respiración acompasada, de hombre durmiendo.

Penetró cautelosamente, y cuando estuvo acostumbrado a la penumbra, divisó el cuerpo durmiente, embutido en largo pijama a rayas.

Quitóse la toalla, que cogió con la mano zurda, y, abalanzándose, aplicó fuertemente la toalla sobre la cabeza, mientras su diestra hundía repetidamente el cuchillo entre los hombros.

No hubo el menor movimiento en el yacente, y Giano Crespi, después de asestar siete puñaladas, hizo maquinalmente un gesto: limpiar la hoja en el embozo.

Accionó el muelle, escondiendo la hoja, y retrocedió hacia la ventana, desandando el camino anterior, hasta que de nuevo se encontró en el patio posterior.

En dirección a su pensión, sonreía. Volvía a ser un hombre libre, fuera de sospechas. Muertos Marco, Gioia y el marinero, cuando amaneciera iría a convencer a Lyn Vanderbelt, de que su vida dependía solamente de darle los medios de escapar, ya que ella tendría fácil salida.

Y Bianca iría con él, lejos, donde vivirían deliciosamente, pudiendo dedicarse como *dilettantes* afortunados al estudio del arte.

—¡Quién sabe!... —rió, en voz alta—. Puedo llegar a ser un pintor de fama. Y ella, tan sensible, una magnífica musa.

* * *

En la habitación número 8 del «Albergo Montichristi», Jimmy Rocco, apenas hubo salido Giano Crespi, abandonó su escondrijo bajo la cama. Quitó las mantas enrolladas que hinchaban el pijama desgarrado a cuchillazos, y apartó la toalla, descubriendo la cabeza morena que era un busto del Dante, en terracota, busto que adornaba la repisa de todas las habitaciones del hotel.

Se dirigió al teléfono, comunicando con cierto número, donde continuamente había una telefonista del «Servicio de Información Militar».

Poco, después, hablaba con el jefe del cuerpo:

—La redada está casi cerrada. Pero para no fracasar, preciso que no haya intervención de sus hombres. ¿Qué tiempo tardará en averiguar cuáles son las amistades y dirección de un tal Giano Crespi? Es un joven de unos veinte años, guapo, gentil y muy listo.

—En una hora tendrá ese informe. Vuelva a telefonear.

—Precisaré también la dirección y amistades de una tal Bianca Magni, también estudiante, guapa y rubia. Telefonaré dentro de una hora.

Abandonó el «Albergo», dirigiéndose al Parque Vestrino. Vio a Tony Spezia, que, agotado, dormitaba apoyado contra el reborde del estanque Mark Parker salió a su encuentro.

—¡Arriba, tunante! —exclamó Rocco Tony Spezia, en un salto estuvo en pie, crispados los puños, y mascullando:

—¿Eh? ¿Quién?... ¿Cómo?...

—Se acabó la tarea, Tony. Puedes regresar a tu celda. Mañana mismo estarás en libertad y con los galones.

—¿Diste ya con la banda? Eres un tipo grande.

—Oiga, señor Rocco... ¿Dio con usted la señorita Vanderbilt?

—La señorita Vanderbilt no ha tenido aún el honor de saludarme. ¿Por qué?

—Vino aquí, diciendo que tenía que entrevistarse con usted, urgentemente. La envié al

«Hot-Hot

».

—Muy bien hecho. Allá voy a invitarla a un *Manhattan*. Ya me felicitarás mañana, tunante.

En el

«Hot-Hot

», nadie sabía dar razón de Lyn Vanderbilt, hasta que un camarero, tras el mostrador, dijo:

—¿Por casualidad se llama usted Rocco?

—Por casualidad, no, sino por méritos adquiridos, escanciador.

—La señorita que usted describe preguntó por usted, y entonces el joven Crespi la acompañó...

Jimmy Rocco abandonó apresuradamente el club nocturno. En la calle, se pasó la mano por la frente, repentinamente humedecida...

Para él, Lyn Vanderbelt sólo significaba una bonita mujer, prometida a otro hombre, y a la cual no pensaba ver más. Y de pronto, el saber que ella, por buscarle, había expuesto a lo peor con un asesino sin escrúpulos como demostraba ser Giano Crespi, le producía un sordo furor íntimo.

Telefoneó esperando con impaciencia, hasta que la voz del jefe del «Servicio de Información Militar» replicó:

—No ha sido difícil, Rocco. Los dos citados son estudiantes de Bellas Artes. Tome nota de sus más conocidas amistades y direcciones.

CAPÍTULO IX

NEGOCIACIONES...

Giano Crespi dormía profundamente, porque su conciencia no alentaba en su organismo. Pero sus instintos eran excelentes por lo que a reacciones se referían.

Percibió súbitamente una sensación inquietante. La sábana que cubría su cuerpo tenía una tirantez especial...

Alguien, algo, permanecía sobre su lecho, a los pies, en aquella modesta habitación de fonda. Podía... podía ser algún compañero de pensión, pero ¿por qué no decía nada aquella silueta borrosa que le estaba contemplando silenciosamente?

Tendió un brazo y apretó el botón de la lamparilla colocada sobre la mesa de noche.

La repentina luz iluminó al visitante, y Giano Crespi, desorbitados los ojos, se incorporó bruscamente, llevándose las dos manos a los ojos.

—Los muertos que tú matas, Giano Crespi, tienen buena vida, si se llaman Jimmy Rocco.

La lengua pegada al paladar, Giano Crespi trató de serenarse. Jimmy Rocco, prosiguió:

—No me gusta abusar de esta situación que se te antoja fantasmal. Acribillaste a cuchillazos unas mantas envueltas en mi pijama. Con ello, te delataste, después de mi conversación con la dulcísima Bianca Magni; ahora, vamos a hablar tranquilamente.

Giano Crespi respiró con más normalidad, e instintivamente su diestra se dirigió hacia el cajón de la mesita de noche.

Jimmy Rocco sonrió sarcásticamente.

—Ya no son mantas lo que contiene mi traje, y no serás tan ingenuo como para querer comprobarlo.

La diestra de Giano Crespi ascendió para coger el vaso de agua, cuyo contenido apuró de un solo sorbo.

—Tiembla tu mano, Gian... ¿Quieres que te ayude a tomar otro sorbito de agua?

Echóse Crespi hacia atrás, y cruzó los brazos, replicando:

—Tus ironías no me hacen mella. Vamos al asunto. ¿A qué obedece tu visita?

—Tu serenidad es maravillosa, digna de admiración, mi querido Gian.

—Si estás aquí, sólo es porque te has dado cuenta de que yo no hago las cosas a medias.

—¡Botarate! ¿No haces las cosas a medias? ¿No estoy vivo? Quiero demostrarte que en todos los terrenos te gano.

—Me gustará tal demostración.

—¿Por qué quisiste matarme?

—Para evitar fueras con el soplo.

—No soy un soplón. Quiero parte en tus beneficios.

—Ya... ¿Y qué más quieres?

—Romperte la cara, si sigues tan atrevidillo. ¡Ponte en pie, gusano, y no me tomes el número equivocado!

Giano Crespi bostezó y dobló las rodillas, disponiéndose a salir de la cama. Repentinamente distendió las piernas, proyectando los pies hacia el bajo vientre de Rocco, que hizo un gesto desdeñoso, después de esquivar, fácilmente la alevosa patada.

—Acaba ya, aprendiz. Ponte en pie y empieza a vestirme. Vamos a dar un paseo a la luz de la luna. Y, sobre todo, no te pongas histérico.

—Cuida tú de no caer en esa debilidad. ¿Por qué das tantos rodeos conmigo?

—El gato antes de matar al ratón lo va destrozando poco a poco.

—Falta saber quién de los dos es el gato, señor Rocco —dijo Giano Crespi, empezando a vestirse, y haciendo jugar con delectación sus largos músculos acerados.

—Vas a venir conmigo al cuartel de los yanquis, pero antes de dejarte en manos de ellos, te romperé los huesos uno a uno.

—Perro que ladra, no muerde. Yo nunca ladro, señor Rocco.

Jimmy Rocco cerró los puños, replicando:

—Tu último crimen es el más odioso. Ella no tenía nada que ver con nuestros asuntos.

—Sabes perfectamente que no la maté y esto es precisamente lo que te hace ser tan comedido conmigo. Estás, deseando pegarme, pero te contienen dos cosas: primera, que no soy manco, y segunda..., lo que a mí me pase, redundará en la delicada anatomía de la preciosa señorita Lyn Vanderbilt.

—Conozco medios para hacer cantar, que convierten a un becerro de ronca voz en un suave ruiseñor.

—Inténtalos conmigo. Si me veo perdido, sabré perder con todas las de la ley. Y tu Lyn morirá en el rincón que he elegido, para que con su vida responda como rehén. Yo no mato innecesariamente, y más valor tiene ella viva que muerta. ¿Sigo vistiéndome?

—Natural, encanto. Me tiene sin cuidado Lyn Vanderbilt.

—Ella estaba muy ansiosa por verte..., como tú ahora. Inventó también una martingala. Dijo que te buscaba porque había encontrado un médico militar yanqui; amigo suyo, que te operaría con éxito de la bala que llevas alojada en el pulmón.

—Ya la sabré encontrar.

—Hay un inconveniente, señor Rocco. Junto a ella está un buen amigo mío, que sabe que si yo tardo o aparece donde están alguien que no sea yo, está perdido. Y claro, ya sabes... de perdidos, todos al río. Tendrá que matarse, porque es de mi temple, pero antes se llevará por delante a tu Lyn. Suelta los muelles, si tan poco te importa ella, e intenta zumbarme. Esto no arreglará nada. Ahora bien, si has venido a negociar, tal vez podamos entendernos. ¿Tú, qué aportas?

—Lo que sé.

—Es poco. Dilo, y Lyn morirá.

—Te dije antes que en estas lides eres un novato a mi lado. ¿Qué mejor contraataque hay contra un rehén? Conseguir otro. En tu mente de asesino asqueroso sólo hay dos amores: dinero y «ella».

—¿Quién es «ella»?

—Bianca Magni.

—¡Bah!... Te la regalo...

—Tu boca habla, pero tus ojos son más expresivos. Ahora bien, si ella no te importa, asunto terminado. Vienes conmigo, y allá te

las entenderás con el servicio yanqui. Creo que son un poco brutos cuando interrogan a un tipo de tu canallesca calaña.

—Hablemos claro, Rocco. Demuéstrame que Bianca...

—No me da la gana. Ya estás vestido. Todo el mundo duerme, y saldrás discretamente. Por la calle, pórtate bien, que no te meteré mano hasta que no esté cerca el cuartel yanqui.

—Sé jugar al *poker*, y tú me estás tratando de meter un farol.

—Seguro que sí, y ¿qué te importa? Total Bianca no te interesa. Este bulto de tu americana es seguramente un cuchillo de recambio, ¿no? Es igual. Los dos tenemos ganas de matarnos..., pero por ahora nos las aguantamos. Baja tú primero, y yo te sigo. Andarás con tiento, si tienes pupila.

—Como quieras. No sé adónde Vas a parar.

—Desde que en el

«Hot-Hot

» me dijeron que Lyn se había marchado contigo, he trabajado bien. A mí no me interesa entregarte, sino negociar.

Estaban ya en la calle desierta. Continuó Rocco, colocándose junto a Giano Crespi, que caminaba con las dos manos en los bolsillos:

—Trueque. Lyn por Bianca.

—No tengo inconveniente. Pero hay muchos obstáculos.

—Dímelos.

—Expresarte mi desconfianza, es superfluo.

—Sentimiento mutuo, mi querido Gian.

—Tengo menos años que tú, pero también adivino. Y estás rabiosamente ansioso de matarme a golpes.

—Acertaste, pero también has acertado al suponer que la vida de Lyn me impide darme el gusto de descuartizarte.

—No creerás que voy a ser tan necio como para decirte dónde está Lyn, sin antes cerciorarme de que Bianca... no duerme en su casa.

—En el número 12 de la Vía Caporetto, segundó piso, segunda puerta, la señora Marta, tía de Bianca, duerme, ignorante de que su sobrina aceptó acompañarme cuando le dije que tú, su amado Gian, estimaste mejor negociar conmigo.

—Verlo para creerlo.

—No he visto yo todavía a Lyn.

—Así podemos pasarnos noches enteras, Rocco. Yo no pienso ser tan cándido como para caer en la trampa que me tiendes.

—Entonces, gira a la derecha, y toma rectamente el camino hacia el cuartel yanqui. Hemos perdido los dos, pero yo pronto me recuperaré de la muerte de Lyn, porque seguiré con vida y libre, mientras tú serás ahorcado. Y no desconfío de encontrar por mí mismo a Lyn.

La mano derecha de Giano Crespi, armada, salió repentinamente del bolsillo, y la aguda punta del cuchillo se detuvo a pocos centímetros del pecho de Jimmy Rocco, porque éste atenazó la muñeca, y, a la vez, propinó un rodillazo en el costado del joven atleta, cuyo puñetazo con la izquierda rozó la mandíbula de Rocco, que al rodillazo complementó un directo en la sien.

Cuando recuperó, el sentido, Giano Crespi miró enderredor. Estaba entre montañas de fardos en plena obscuridad.

—Te advertí que eres un novato, mi querido Gian. Estamos ahora en el pequeño muelle de carga. Tengo un balandro dispuesto. Dos lonas y una cabina. En la cabina está Bianca, incómoda, esperando tu gesto libertador. Y ahora, puedes largarte, imbécil. Sí, hombre, quedas libre. Yo no te he de seguir. Yo me pasaré el resto de la noche navegando en el balandro. Lo reconocerás fácilmente, porque en la vela cangreja lleva un escudo rojo y el número 14, del Club Náutico. Puedes alquilar otro. Y huye lejos... O si prefieres negociar, con el balandro te aproximas al mío, llevando a tu bordo a Lyn. Toma y daca.

—No seré tan cándido como para irme. Tendrás seguramente una jauría de sabuesos vigilándome. ¡Entrégame ya!

—No me interesa. ¿Estás sudando, Gian? Hace fresco, y la noche es clara y serena. Dice la copla que a los enamorados les gusta la obscuridad... ¡y arría pronto la vela, marinero! Te advierto que todos los caminos de salida de Nápoles están guardados. No hay más vía de escape que el mar. Faltan cuatro horas para el amanecer.

—¡Voy contigo! Veré a Bianca, y te llevaré donde está Lyn.

—Demasiado generoso eres. Tu mentalidad es sencillamente transparente. Preferirías ver muerta a Bianca y tratar de escapar. Es mejor que huyas con el botín y abandones todo lo que no sea sonante. Bianca gime tu nombre, pero hay miles de mujeres repartidas por el mundo. La olvidarás pronto...

—Estás jugando conmigo. Un juego peligroso, Rocco, y que no comprendo.

—Esto es lo que quiero. Anda, vete, gusano. Otros te cazarán, y tendrás el fin merecido. Yo procuraré consolar a Bianca, y será fácil. Me iré con ella y me pertenecerá, agradecida por no haberla entregado a la policía.

—¡Calla! Estamos los dos atados el uno al otro. Accedo a entregarte la mitad de lo mío, y trocaremos los rehenes. Conozco al guardián de los balandros, y sabe que soy caprichoso. Alquilaré ahora uno, y no tendrás más que seguir la estela que deje en el mar. Te conduciré a..., te llevaré hasta el lugar donde está Lyn. Has ganado, Rocco.

—Veremos a ver, que el final no está aún claro.

—Tu escudo es Bianca. El mío, es Lyn. Después cuando ambos en nuestros balandros estemos con nuestra novia..., entonces, ya veremos si realmente cumples tu pacto.

—No he hecho más que uno. Trocar nuestros rehenes.

—Te aviso que al yo bajar del balandro, lo que puedas hacer, significará la muerte de Lyn.

—A ninguno de los dos nos conviene comportarnos neciamente, mi querido Gian. Anda, vete a alquilar tu balandro, que yo sabré seguir tú estela. Y recuerda que tu única salvación está en cumplir este pacto.

Giano Crespi se puso en pie, mirando a Rocco, que, reclinado en los fardos, sonreía con mueca crispada.

—Mi balandro es de los que tienen motor, Gian.

—Lo tienen todos los de escudo rojo del Náutico. Pero con esta brisa, no hará falta. Y si lo has dicho para darme a entender que no se te escapa detalle, no es preciso te esfuerces. La situación es clara. Ellas dos nos responden mutuamente, de nuestro comportamiento. ¿Puedo irme?

—Naturalmente, hombre, y no tenías necesidad de pedirme permiso, querido.

Giano Crespi empezó a andar de costado. A cinco pasos seguía Rocco, que rió bruscamente al verle que disimuladamente se registraba los bolsillos.

—Ni tú ni yo tenemos más armas que los puños y la inteligencia. A menos que tengas arsenal donde está Lyn.

Giano Crespi corrió, y tras él las zancadas de Rocco repercutieron en sonoro eco. Ya cerca el Club Náutico, dejó Crespi de correr.

—¡Terminemos de una vez, Rocco!

—Eso quiero. Alquila tu nave, que yo voy a mi bordo.

El guardián reconoció a su reciente cliente, y le saludó con respeto, porque no quería disgustos con los recomendados del «Servicio de Información Militar».

—Hola, Gian —dijo, al reconocer a Crespi.

—Dame el balandro 3, Piccolo.

—Es tu favorito, ¿verdad? Ahí lo tienes. Págale al de relevo, que yo me voy dentro de una hora. Te gustará, como otras veces, ver amanecer sobre el mar. Tienes sangre de pirata, Gian.

Giano Crespi estaba destrabando las amarras, cuando ya el balandro tripulado por Rocco se deslizaba, y las dos embarcaciones cogieron en sus dos lonas la brisa, cortando la quieta agua.

Enfiló Giano Crespi el balandro hacia la isla de Capri, y diez minutos después, puso proa a mar abierto, arriando las velas. Poco a poco decreció el impulso lanzado, y el esquife se balanceó, parado.

—¡Bianca! —gritó Giano Crespi—. ¡Quiero verla, Rocco!

Jimmy Rocco imitó la maniobra de su difícil presa. Y al inmovilizarse su balandro, penetró en la diminuta cabina, donde libre Bianca Magni musitó:

—Él le devolverá sana y salva a su novia, créame, porque me quiere.

—Asómese —ordenó, duramente, Rocco.

Ella asomó el busto y agitó una mano, en dirección al otro balandro, que distaba unos diez metros. Giano Crespi volvió a izar velas.

Tras su estela, dijo Rocco:

—Estoy, convencido de que usted desea que ningún mal le suceda a Giano Crespi. Lo mismo me ocurre respecto a Lyn Vanderbilt. Pero sepa que si ella sufre el menor daño, usted conocerá la ley del Talión.

—Gian me quiere —musitó ella, cerrando los ojos.

Los dos balandros iban aproximándose al paraje donde el pozo de la gruta contenía los cadáveres de Gioia, Marco y Gismondi, y a

la aterrorizada Lyn Vanderbilt.

CAPÍTULO X

«MUERTE Y HORCA...»

Amarró Giano Crespi empleando por bita el saliente de una roca a flor de agua, y en popa, esperó a que el otro balandro quedase también detenido, para entonces decir:

—Puntualicemos el trueque, Rocco.

—Tu escape está en uno de estos balandros. Cuando Lyn esté conmigo, podrás embarcar en el que guarda a Bianca como rehén.

—Entonces, al igual que no debes seguirme, debes alejarte del balandro de ella, ¿comprendes?

—De acuerdo —y Jimmy Rocco saltó sobre la roca, distando unos cinco pasos de Giano Crespi, que, empezando a ascender, se volvió para contemplar los dos balandros, separados por unos veinte metros. Jimmy Rocco ya estaba sentado, dando la espalda al mar.

Avisó, ahuecando la voz entre sus dos manos:

—Atento, Rocco. Lyn sufrirá los efectos de cualquier trampa que pretendas tenderme.

—No temas. Hasta que no pises el balandro, habiéndome entregado a Lyn, no temas.

—Yo no te temo. Pero cuando yo descienda las rocas con ella, tú te alejarás un paso por cada uno que ella dé en tu dirección. ¿Pactado?

—De acuerdo. Aprisa, que falta menos tiempo para el amanecer, y te conviene salir con la noche.

Giano Crespi desapareció tras las rocas. Se agazapó tras una, para ver si era seguido, pero allá abajo, sentado en la arena, vio a

Rocco.

Entró en la caverna, y, súbitamente, sus músculos se tensaron, y agachándose, recogió del suelo una barra de hierro.

Había alguien en la caverna. Trató de ver, hasta que la linterna se encendió, y entonces rió, reconociendo a Carlo Muzzo y Fiorenzo Lucca. Estaban lívidos, encendidos los ojos.

—¿Qué hacéis aquí? Espero que no habréis venido a desvalijar los cofres.

—No hemos bajado al pozo, Gian. Hemos venido aquí a esperarte, porque Marco y Gioia, mi hermana, han desaparecido.

—¿Y no os dejaba dormir esta desaparición? Yo despedí a la parejita. Se llevaron su parte. Tenían miedo por lo del broche. Os daré ahora vuestra parte, y escapad también.

—Te hemos oído hablar, Gian.

—Sí. Abajo está Bianca y un marinero yanqui, que quiere participación porque descubrió todo.

Carlo Muzzo bajó la voz y señaló a sus pies:

—De vez en cuando sale un lamento del pozo, Gian. Como si hubiera un fantasma... No nos hemos atrevido a bajar.

—Es una chica, amiga del yanqui, a quien tengo de rehén. Todo está claro como el agua limpia.

Fiorenzo Lucca estalló:

—¡Canalla, sin nombre! ¡Monstruo!... ¡Te voy a...!

Abalanzóse, convulso y frenético, gritando:

—¡Mi pobre hermana allá abajo..., muerta, asesinada!...

Sus manos arañaron el aire, porque, cuando pretendía asestar un golpe con la maza de una panoplia, la barra de hierro que hasta entonces Giano Crespi ocultaba tras él, se alzó, chocando fuertemente contra el cráneo del infeliz, que cayó, rota la cabeza.

Agitando la barra, miró Crespi a Carlo Muzzo:

—¿Y tú, qué dices, Carlo?

—Yo..., nada. Éste... se empeñó en venir aquí, porque decía que no estaba clara la desaparición de su hermana. Bajamos al pozo, pero te juro que, apenas vimos lo que allí «hay»..., volvimos a subir despavoridos.

—Tu cobardía es tu mejor arma, Carlo. Ahora vas a ayudarme. Podemos escapar con todo, si haces lo que te digo. Abajo espera el yanqui soplón. Tiene prisionera a Bianca. Dejarlo a él vivo supone

que seremos delatados, y ya no podremos vivir tranquilos vayamos donde vayamos. Es esencial quitarlo de en medio.

—Yo... no sirvo para eso, Gian, y bien lo sabes.

—No te pido que te portes como un hombre, sino que me ayudes.

Abajo, Jimmy Rocco habíase aproximado al balandro en que se hallaba, vibrante de inquietud en la espera, Bianca Magni.

—Ha llegado el momento de actuar, amiguita. Su prenda de novio estará cavilando el medio de matarme, y corre peligro ella. Por lo tanto, usted va a venir conmigo, y sepa que estoy dispuesto a todo, porque ustedes dos no merecen la menor contemplación. Me repugna emplear este método, pero fue él quien lo empleó primero, valiéndose de una mujer. Lo siento, pero tengo que amordazarla y atarla.

Cubrió Rocco la boca de ella, que iba a gritar, y en pocos instantes la tuvo inmovilizada, sobre su hombro. Empezó el ascenso, inclinado, protegiéndose con las rocas.

Se dirigía hacia donde brotaba un tenue resplandor rojizo. Llegó a la boca de la caverna, a tiempo para oír la última frase de Crespi:

«—No te pido que te portes como un hombre, sino que me ayudes».

—¿Qué debo hacer? —preguntaba, roncamente, Carlo Muzzo.

—El yanqui actuará cuando vea libre de peligro a su Lyn. Es un perro *gangster*, que hasta ahora se ha contenido, por miedo a que sufriera daño su preciosa chica. Y yo no lo he matado, porque tiene como rehén a Bianca. Escucha lo que vas a hacer: cogerás a... Gioia; la vestirás con las ropas de la americana, y llevándola abrazada...

—¡Eso no, Gian; eso no! Es horrible..., la pobre Gioia muerta...

—¡Hazlo, o te machaco la cabeza! Baja al pozo, y haz lo que te digo, inmediatamente...

Carlo Muzzo obedeció, y Giano Crespi se dirigió a la salida, para mirar hacia la playa. Sobre su espalda cayó, con todo su peso; Jimmy Rocco, el cual, le atenazó la garganta con un brazo, mientras le asestaba un recio puñetazo en un costado.

Giano Crespi se dobló hacia adelante, logrando proyectar a Rocco por encima de sus hombros. No soltó presa Rocco, y ambos, abrazados, lucharon salvajemente.

Giano Crespi mordió con salvaje frenesí, mientras el puño de

Rocco, repetidamente, le martilleaba los costados. Iban rodando por la pequeña explanada, frente a la caverna.

De pronto logró Crespi zafarse, y trató de alcanzar con un puntapié a su odiado enemigo. Falló, porque Rocco se deslizó hacia un lado, y entonces, corriendo, se internó en la gruta.

Llegaba ya a la panoplia que sostenía puñales, cuando entró en tromba Jimmy Rocco. Giano Crespi se giró, descubiertos los dientes en anhelante rictus maligno.

Empuñaba un largo cuchillo, y dijo, entrecortada la respiración:

—Vas a morir, Rocco. Si tuvieras pistola, la hubieras ya usado.

Avanzó, dando tajos ante sí, mientras Rocco, agarrando un escabel, esperó.

Retrocedió Giano Crespi, acercándose de espaldas a la panoplia, de donde cogió otro cuchillo, y con los dos aceros, uno en cada mano, gruñó:

—Reza si sabes, Rocco. Si pretendes huir, te clavaré por la espalda, así...

Y agitó uno de los cuchillos, como si se dispusiera a lanzarlo. Jimmy Rocco avanzó, escudándose en el escabel. Iba hacia la mesa...

Contraída la frente, Giano Crespi seguía todos sus movimientos. Súbitamente, lanzó un cuchillo...

Agachóse Rocco, lanzando frente a él la mesa. El cuchillo, silbando, pasó rozándole la cabeza, y fue, labrando, a clavarse en Bianca Magni, que, arrastrándose, había logrado transponer el umbral de la gruta.

La mordaza acalló el último gemido de la novia de Giano Crespi, que, sin ver lo que ocurría en la entrada, emitía un grito de triunfo, porque su puñal acababa de hincarse en la carne de su obsesión de las últimas horas.

La hoja penetró en el pecho de Jimmy Rocco, el cual rodeó con sus manos el cuello de Giano Crespi, apretando con fuerza.

El rostro del napolitano quedó junto a la carne apuñalada y sangrante. Con todas sus fuerzas, Jimmy Rocco fue estrangulando, mientras le frotaba el rostro contra la herida y el arma.

—Sangre que viertes, sangre que te refocila, Giano Crespi... Ésta es tu horca. El olor de sangre te embriagó, ¡huele sangre...!

Abrió las manos, y el amoratado rostro de Giano Crespi bañado

en sangre, desorbitadas las pupilas, fue cesando de agitarse espasmódicamente. Titubeó Rocco, y empujó al que, resbalando, cayó a sus pies.

Jimmy Rocco, con la zurda engarfiada sobre el pecho, fue descendiendo al pozo. Lyn Vanderbilt, al verle surgir, gritó incoherentemente.

Carlo Muzzo, aniquilado, estaba sentado, llorando. Gemía:

—No puedo, Gian... La pobre Gioia... Mátame si quieres... —Y no abría los ojos.

Tambaleándose, Jimmy Rocco se aproximó, y su puño diestro chocó contra la sien del gimiente Carlo Muzzo. Loató, y entonces, arrastrándose por el suelo, llegó junto a Lyn Vanderbilt.

Sus manos ensangrentadas deshicieron los nudos que ataban a la prisionera. Y murmuró:

—Pronto... Vaya a avisar a...

Cerró los ojos y cayó de bruces al suelo.

Se agitó en esfuerzo postrero, con el rostro pegado al suelo.

—Pronto... No me mire... como niña tonta... Avise a quien... pueda venir aquí... Pronto... Ya sabía yo cuando la vi... por vez primera, que me iba a... romper el corazón...

Se quedó inerte, sin movimiento, desangrándose. Lyn Vanderbilt, febrilmente, se desgarró la combinación, y fue vendando, taponando, mojadas las manos en la sangre que brotaba del pecho herido.

Pensaba que le sería imposible a ella llevar consigo al que estaba muriéndose. Salió corriendo, enloquecida, gritando.

Cinco minutos después, en la carretera, surgía un «jeep» de patrulla.

* * *

Jimmy Rocco se agitaba inconsciente. Le parecía estar flotando sobre un mar de nubes algodonosas, que le mecían confortablemente.

Notaba una picazón extraña en el brazo izquierdo. Su voz se iba aclarando, y era ya audible:

—Si esto no es amor, que me aspen... Nunca he pasado tanto miedo, sin saber si ella estaba viva... Y el maldito se reía, porque

me tenía a su merced... Bebió mi sangre... Ya lo decía yo... Estas niñas ricas son muy mal educadas... Se lo creen todo permitido.

Sé calló, tendiendo el oído. Una voz desconocida murmuraba, cerca de su oreja:

—Creo que está fuera de peligro, señor Rocco.

Era un médico, el cual vigilaba el desarrollo de la transfusión de sangre desde el trazo de Tony Spezia al de Jimmy Rocco. Al otro lado de la mesa de operaciones, Lyn Vanderbelt, juntas las manos, parecía rezar.

De pronto abrió los ojos Rocco, y su ladeada cabeza vio la inquieta sonrisa de Tony Spezia tendido junto a él, en una camilla. Una goma unía sus brazos.

—Hola, Jimmy... Tengo la sangre «B», como la tuya. Se ofreció Lyn, pero su sangre es «A», y no servía. Le ha dolido mucho...

—Maldita sea, tunante... Me estoy envenenando ahora con tu horchata. Estoy más débil que un mosquito anémico... Será tu maldita horchata..., agua de cebada...

Se desmayó, mientras, satisfecho, Tony Spezia reía, diciendo:

—Ya tenemos hombre, ya tenemos hombre. Se salvó, ¿verdad, doctor?

Cuando recuperó Rocco el sentido, estaba sentado en una cama. Miró sus dos manos, sobre las que había dos femeninas, muy blancas y tibias.

—Soy yo, Jimmy. Soy yo...

—Hola, Lyn. ¡Valiente berenjenal! Ya le dije que no debía seguir mis pasos. Ande, vaya a reunirse con su Archie, que estará esperándola...

—He terminado con él.

—Vaya... ¿Y qué pasó con Archie?

—Estaba acobardado, y me enteré que tenía relaciones con una napolitana. He roto definitivamente con él.

—Bueno, pues creo que todo ha terminado ya... lo mejor posible. Y me ha costado averiguar algo, Lyn. Si no fuera usted tan rica, le diría que es la primera mujer que me ha hecho pasar miedo.

Entraba el doctor con unas pinzas, que sujetaban un diminuto objeto negro. Sonrió:

—No hay mal que por bien no venga, señor Rocco. La hemorragia sufrida echó fuera la bala que tenía usted alojada en un

pulmón. Mírela, estaba en la tela con que le vendó la señorita, que por cierto hizo un vendaje muy experto.

Se marchó, tras dejar la bala encima de la mesita. La recogió Lyn Vanderbilt, diciendo:

—La guardaré. Yo quiero pedirle algo, Jimmy.

—Yo también.

—¿Sí? —susurró ella, ansiosamente.

—Quiero pedirle que se aleje lo suficiente para no tentarme, porque olvidaría que es usted una millonaria.

—Puedo dejar de serlo, si lo deseas... Hay donaciones, y ya que tú diste tu sangre por mí, y no pude yo dar la mía... ¡Oh, Jimmy!

Y ella se abrazó al que, sonriente, acariciando sus cabellos, dijo:

—Cinco largas horas en una noche, valen cinco años de conocimiento mutuo, Lyn. Creo que Tony Spezia obtendrá una licencia, para ser padrino de boda. Ya no tiene razón de ser que siga yo soltero, puesto que la bala dejó de viajar por los contornos de mi corazón, y ahora eres tú la que substituye a la bala.

* * *

Los periódicos anunciaron que la banda de Giano Crespi había sido exterminada, y, que el único superviviente, Carlo Muzzo, estaba recluso en un sanatorio mental, incurable.

También la prensa neoyorkina anunció la boda de Lyn Vanderbilt con Jimmy Rocco, en la que Tony Spezia fue padrino, y testigos el teniente Stevens y el señor Alfred Luke.

Lo que no dijo la prensa era que Jimmy Rocco, nuevo agente del F. B. I.

, renunció a ser «El Pirata», porque en el secreto campo de la lucha por el triunfo de la Ley, halló numerosas ocasiones de saciar su hambre de aventura y riesgo.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.